

DESENTERRANDO LA RISA: UNA APROXIMACIÓN A LA ARQUEOLOGÍA Y EL HUMOR

Víctor M. Fernández Martínez*

RESUMEN.- Se presenta una sucinta historia de las teorías explicativas del humor, con especial acento en las posiciones psicoanalíticas y lingüísticas, junto con una revisión de algunos aspectos del humor en antropología. Luego se clasifican los tipos de humor más frecuentes detectados en arqueología: imagen del arqueólogo, parodia de las modas teóricas, ficciones humorísticas, anacronismos y humor del pasado recuperado arqueológicamente. Como conclusión se constata el poder crítico del humor, defendiendo su introducción en la práctica discursiva de los arqueólogos.

ABSTRACT.- A short history of theories of humour is presented, with a special emphasis on the psychoanalytic and linguistic explanations, together with a succinct revision of some aspects of anthropological humour. Then a classification is attempted of the most frequent humour types known in the realm of archaeology: the archaeologist's image, the parody of theoretical fashions, humorous fictional stories, anachronisms and archaeologically retrievable humour of the past. As a conclusion, the critical capacity of humour is attested, and a plea is made for its use in the intellectual practice of archaeologists.

PALABRAS CLAVE: Teorías del humor, Humor antropológico, Humor arqueológico, Chiste arqueológico.

KEY WORDS: Humour theories, Anthropological humour, Archaeological humour, Archaeological joke.

1. INTRODUCCIÓN¹

La idea de este artículo surgió de la lectura de un número especial de la revista de los estudiantes de arqueología de Cambridge (*Digging for a laugh*, "Excavando para hacer reír"; Sillar 1992a), que reunía trabajos sobre el humor en arqueología de autores ingleses y norteamericanos, algunos bien conocidos por su actividad científica más "seria" (P. Bahn, C. Gamble, D. Gifford-Gonzalez, P. Courbin, P. Rahtz, etc.). La mayoría enfocaron el tema desde un punto de vista exterior y analítico, pero algún otro cumplió rigurosamente con los requerimientos del editor del volumen y escribió una pieza humorística. Y fue la lectura de una de ellas (*Culture Clash in the Greater Southwest*, "Conflicto cultural en el Más Grande Suroeste"), escrito bajo pseudónimo (*Dudley Prewpaw*) por Diane Gifford-González, lo que me convenció del gran poder esclarecedor que la parodia y la ironía podrían tener en la escena teórica actual de la arqueología, simplemente superponiendo esas sanas actitudes a los grandes paradigmas en conflicto.

Algunos meses después, en diciembre de 1995, el tema volvió a llamarme la atención cuando uno de los muchos participantes de la lista *Archaeo-L* de Internet, George McCluskey, de la ciudad hoy bien conocida de Little Rock en Arkansas, inició un "hilo" o "hebra" (*thread*) de discusión sobre el mismo, con el título de "necesito reír [*I need a laugh*], ¿sabe alguien por ahí un buen chiste arqueológico?". Durante varias semanas algunos contribuyentes, norteamericanos en su mayoría, enviaron a la lista frases ingeniosas y juegos de palabras, a veces leídas en camisetas o en las ubicuas pegatinas de los coches, muchos por desgracia de difícil traducción o directamente intraducibles (chistes "verbales", Cf. Attardo 1994: 95-6; Laurian 1992), como "la arqueología es solo paleta y error" (*trowel and error*, muy parecido a *trial and error*, prueba y error). Algunas, con todo, tenían cierto valor trans-idiomático (chistes "referenciales"): "los arqueólogos empiezan en lo más alto y a partir de ahí van hacia abajo", "el futuro de un arqueólogo está todo en el pasado" (con las variantes de "la carrera de un arqueólogo está en [las] ruinas",

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid.
victormf@eucmax.sim.ucm.es

“los muertos son mi vida”, etc.).

Con el tiempo me fui animando a revisar algunos aspectos de las relaciones entre arqueología y humor, que al principio parecían más bien escasas y ocultas, y de ahí la razón del título del trabajo. Antes aproveché la ocasión para leer las obras clásicas sobre la naturaleza de la risa y los chistes, comenzando por las de Henri Bergson y Sigmund Freud —fuentes en sí mismas de risa y placer, en especial la del segundo—, y terminando por algunos análisis recientes sobre el tema, todo lo cual he resumido en el apartado segundo del trabajo. Posteriormente intenté analizar, ayudado por esas perspectivas teóricas, pero sin perder de vista el placer que proporcionan (figura 1), aquellos textos y chistes que había ido seleccionando según mi gusto personal durante estos años, más otros que algunas buenas amigas y amigos me facilitaron amablemente. El resultado de todo ello viene a continuación, y espero que les divierta.

2. HUMOR EN SENTIDO GENERAL: PENSAR EN REÍR

Haría falta el espacio de varios artículos como éste para resumir todas las distintas definiciones que se han ofrecido del humor, de las que ninguna pudo abarcar su espléndida variedad. Tal vez la más simple sea la conductista que recogió Arthur Koestler en su artículo sobre el tema de 1973 —resumiendo su libro de 1964 sobre la creación en general— que la *Encyclopedia Britannica* ha mantenido en todas sus posteriores ediciones hasta hoy: humor es lo que estimula la risa, es decir el movimiento reflejo de unos quince músculos faciales unido a una alteración respiratoria. Al contrario que otros, este reflejo mecánico no tiene una finalidad biológica clara, salvo relajar la tensión, y su altísima función (es un reflejo “de lujo”) proviene de estar originado en procesos mentales altamente complejos, lo que supone una paradoja que ha sorprendido a los filósofos desde Platón.

A Platón se recurre también para situar el origen de una de las dos principales corrientes explicativas del humor (expuesta en *Filebus*), que lo ve como una actitud intrínsecamente agresiva, que se ríe de lo feo y lo ridículo. De hecho, la expresión más parecida a la risa entre los chimpancés aparece asociada a actitudes de amenaza colectiva contra un enemigo común (Eibl-Eibesfeldt 1993: 158). En el mismo sentido, un análisis del humor en la Grecia clásica muestra que en la mayoría de los casos se basaba en obscenidades, insultos y otros ejemplos de mal gusto (David 1989), aunque también fue allí donde surgió la unión del humor y el arte, alcanzando la ci-

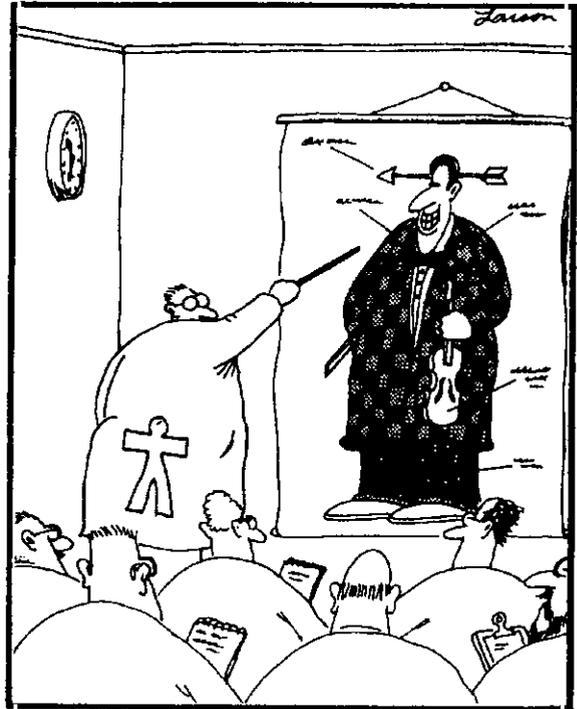


Figura 1.- *Analizando el humor* (Dibujo de Gary Larson en *In search of the Far Side*).

ma en las comedias de Aristófanes. Esa teoría, llamada “de la hostilidad” (Attardo 1994: 49-50), y el tipo de humor a ella asociado, continúa hasta hoy, con algunos añadidos como el de Hobbes, que vio el origen del humor en un sentimiento de superioridad de quien lo expresa (el reidor siente una “gloria súbita”). Tal vez esta clase, también llamada “excluyente”, corresponda a la idea más extendida de humor, o al modelo más frecuentemente utilizado, y así lo veremos a lo largo de este artículo; Koestler (1973: 6) cita una investigación psicológica, realizada con jóvenes entre 8 y 15 años, que mostraba cómo las bur-las y bromas entre compañeros provocaban la risa en muchas más ocasiones que los ejemplos de humor ingenioso.

Como uno de los últimos ejemplos ilustres de la corriente anterior se suele incluir al filósofo Henri Bergson ([1899] 1943), quien afirma en varias ocasiones la función social de la risa como correctivo de los comportamientos antisociales, para vengarse “de las libertades que con ella [la sociedad] se han tomado”, aunque “a menudo castiga porque ama” (*Ibid.*: 145). Con todo, la mayor parte del libro de Bergson, que toma ejemplos de la comedia clásica francesa, se refiere a los mecanismos internos del humor, que él basa en la contradicción, la que aparece entre el cuerpo humano como algo vivo o como un simple mecanismo, o entre los aspectos morales y físicos del hombre, como cuando recuerda la perspicacia

cia de Napoleón al afirmar que por el solo hecho de sentarse un personaje teatral se pasaba de la tragedia a la comedia (*Ibid.*: 46).

Con esa interpretación, Bergson se coloca en la larga serie de defensores de la otra gran teoría explicativa del humor, a veces llamada “de la incongruencia” (Attardo 1994: 47-49), que también pudo empezar con el mismo Platón cuando dijo que en la risa entraba tanto el placer de la crítica como el dolor de la envidia, y en la que se encuentran Kant (el humor surge de la transformación repentina de una tensa expectativa en nada) y Schopenhauer (de la incongruencia entre concepto y hecho real). La contradicción entre dos lógicas, perfectamente lícitas en sí mismas, pero que no pueden actuar al mismo tiempo, es la base de muchos de los mejores chistes conocidos, una y otra vez analizados por diferentes autores: la mujer que, preguntada por la muerte de su marido, responde que seguramente goza de la eterna bienaventuranza pero que no quiere hablar de cosas desagradables; o la definición de sádico como la persona que es amable con un masoquista (citados como ejemplos de su teoría de la “bisociación” por Koestler 1973: 5). Otro chiste, recogido por el mismo autor, nos viene al pelo para avanzar un esquema que luego veremos en otros de tema arqueológico, la contradicción entre dos interpretaciones, profesional y de sentido común, de la misma teoría, en este caso la estadística: un doctor le dice a un enfermo que es muy afortunado en acudir a él, pues de esa enfermedad se mueren nueve de cada diez pacientes, y los últimos nueve casos por él atendidos ya han fallecido.

Un ejemplo todavía mejor era expuesto por Woody Allen al comienzo del film *Annie Hall*: dos señoras se quejan de la comida de un hotel, criticando una de ellas su pésima calidad, a lo que la segunda asiente pero recalando además lo escaso de las raciones. Para Allen, la analogía estaba clara: lo mismo ocurre con la vida humana, llena de soledad y miseria, de sufrimiento y desgracia, y que, para colmo, se acaba enseguida... Tras ilustrar una entrañable muestra de la absurda conducta del urbanícola contemporáneo, *Annie Hall* termina con la narración de otro chiste de parecido esquema: alguien acude al médico quejándose de que su hermano cree ser una gallina, y ante la sugerencia de que lo ingrese en un manicomio, responde que no puede porque necesita los huevos. La conclusión aquí también es inmediata: las relaciones humanas son muy insatisfactorias, pero las mantenemos, sencillamente, *porque necesitamos los huevos*.

Es posible que Allen haya tomado esos chistes del teatro popular *yiddish* y la gran tradición humorística surgida en las comunidades judías de Euro-

pa Oriental, al igual que muchos de los ejemplos que usó Freud ([1905] 1988) en su trabajo, y cuyo origen estaba dentro de la misma comunidad hebrea, dotada de un poderoso sentido autocrítico (*Ibid.*: 1091). En las obras de quienes mejor describieron el pintoresco, y hoy desaparecido, mundo del *Shtetl* oriental, como Sholem Aleichem o Isaac B. Singer, aparece como elemento clave del ubicuo humor la contradicción entre las heroicas aspiraciones espirituales del pueblo judío y la triste realidad diaria. Pero no hace falta ir tan lejos, pues no es en otro punto donde radica gran parte de la gracia socarrona de Josep Pla, que al necesario pragmatismo imperante en la España de los años cuarenta solía calificar de “vuelo gallináceo”.

La obra ya citada de Sigmund Freud (1988), publicada originalmente en 1905, fue la más importante de las clásicas sobre el tema y su influencia, al contrario de la de Bergson, ha durado hasta hoy, en especial entre los lingüistas. Con su gran capacidad de análisis, Freud distingue hasta 20 diferentes mecanismos de provocar la risa, que varios autores posteriores han dividido en dos clases importantes: condensación y desplazamiento. Para Todorov (1981), la primera se da cuando el significado excede el significante, es decir, un solo significante aporta varios significados. Uno de los muchos ejemplos que aporta Freud, entre los que se encuentran los típicos juegos de palabras, metáforas y metonimias, es decir de alguien que “la vanidad es uno de sus cuatro talones de Aquiles” (Freud 1988: 1040); evidentemente, la frase nos indica al mismo tiempo que el hombre es vanidoso y un animal (de cuatro patas). El desplazamiento ocurre cuando el sentido se mueve desde un tema inicial a otro distinto y a menudo contradictorio, y es por tanto una variante de la ya citada “incongruencia”. El ejemplo más claro es uno que sirve para ridiculizar el escaso aprecio que por la limpieza sentían los judíos de Galitzia, cuando uno de ellos pregunta a otro “¿has tomado un baño?” y éste le responde, alarmado, “¿cómo, falta alguno?”. Ambos interlocutores entienden de distinta forma la palabra “tomar”.

No obstante, en el caso anterior la risa no surge sólo de la confusión y el cambio de sentido, sino de la ignorancia de las prácticas higiénicas, por lo que existe un elemento de intención (crítica, ridículo), no específicamente lingüístico. Por ello Freud (1988: 1077-1094) distinguió también entre chistes “inocentes” y “tendenciosos”; los segundos, al contrario que los primeros, no basan su placer sólo en la técnica, y se dividen en “hostiles” y “obscenos”. La gracia de estos últimos reside en la liberación de una desnudez reprimida (tanto los sexuales, “verdes,” como los relativos a los excrementos, íntimamente ligados a lo sexual durante la infancia), sin que la técni-

ca tenga apenas importancia (cuando existe, suele ser bastante tosca), y en un principio debieron de formar parte de las técnicas de coqueteo y seducción sexual: Freud observó que sólo en los ambientes de clase baja de la época se contaban estos chistes en presencia de las mujeres.

Como ya vimos, una gran parte de los chistes son hostiles, pues de la agresión se obtiene un humor mucho más irresistible que el derivado del simple ingenio (Freud 1988: 1081), tal vez tanto mayor cuanto mas grande sea el prestigio del atacado, como en el chiste "blasfemo" atribuido a Heine en su lecho de muerte, que a la exhortación a que confiara en la misericordia divina hecha por el sacerdote, contestó que naturalmente confiaba en el perdón de Dios, puesto que "*c'est son métier*" (*Ibid.*: 1093). Un subgrupo importante de chistes hostiles corresponden al tipo llamado "étnico" (tal vez el tema más frecuente después del sexual), burla habitual de los miembros de un grupo de la periferia por parte del grupo central dominante, a quienes los primeros pretenden imitar (españoles y portugueses, griegos europeos y pónticos, ingleses e irlandeses, franceses y belgas, checos y eslovacos, egipcios y nubios, etc.) (Davies 1990, 1992; Plumyene y Lasierra 1973).

Para explicar el mecanismo interno del humor, Freud (1988: 1111) defendió la teoría de la "descarga" de la tensión, ya propuesta antes por Herbert Spencer, opinando que su origen podía estar en la primera infancia, que es cuando la sonrisa aparece por primera vez en el rostro del bebé dormido tras el alimento, transmitiendo el mensaje de saciedad a la madre y quedando ya para siempre asociada al placer del final de la tensión. En el estadio adulto, la risa, en especial la tendenciosa, provendrá del ahorro o "economía" del gasto de coerción o cohibición, por lo que aparece claramente como un mecanismo para evitar o suavizar la represión. Otra idea atractiva es que la formación de los chistes se relacione con el pensamiento infantil, los sueños y el inconsciente: que los olvidemos con tanta frecuencia podría ser prueba de que entre la idea inicial y la comprensión final, ambas conscientes, el chiste pasa momentáneamente por un proceso de elaboración inconsciente (*Ibid.*: 1095, 1123). Más adelante, Freud propuso que la superioridad que proporciona el humor provenía de ser expresado por el *super-yo* para consolar al habitualmente intimidado *yo*, al igual que el padre consuela al niño ridiculizando sus temores (Freud [1928] 1988).

Con posterioridad a estos trabajos clásicos, a lo largo de este siglo se han sucedido diferentes interpretaciones y estudios sobre el humor, que aumentaron de forma vertiginosa tras el establecimiento del

Campus Global en los últimos decenios, llevando a algunos a proponer la definición de una disciplina independiente dedicada a su estudio, la *humorología*, con una base teórica prestada por la antropología y la sociolingüística (Apte 1988). Los aspectos más técnicos del humor han sido estudiados sobre todo por los lingüistas en abundantes publicaciones (Attardo 1994 cita más de ochocientos títulos, la mayoría muy recientes), revistas especializadas (*Humor: International Journal of Humor Research*, editada por Victor Raskin desde 1988) y congresos monográficos (conferencias *WHIMSY*, organizadas anualmente por Don Nilsen en Arizona, entre 1983 y 1988).

No obstante, desde la perspectiva del lego en lingüística, no parece que las diferentes escuelas hayan propuesto interpretaciones que se distingan sustancialmente de las teorías clásicas, es decir, de la "incongruencia" y la "hostilidad", sobre todo de la primera (Attardo 1994: 332), a pesar de que hayan sustituido la terminología y se introduzcan conceptos auxiliares que permiten un extensivo trabajo de detalle a los especialistas. Así, la incongruencia pasa a llamarse "modelo de disyunción de isotopías" siguiendo a Greimas (1971), "teoría de la estructura semántica del humor" (Raskin 1985) o "contradicción entre el campo verbal y el campo defético" (I. Fónagy, cit. en Attardo 1994: 187-9). El análisis de los retruécanos y otros juegos de palabras se fija sobre todo en si se trata de una silepsis (dilogía) o bien no es más que una antanaclasis (Lázaro 1973; ver una aplicación de esa diferencia a los chistes gráficos en Lessard 1991).

Con respecto a la intención y función social del humor, se pueden detectar en la lingüística aportaciones interesantes, como el acento en la "desfuncionalización" del lenguaje, provocada por su carácter meta-lingüístico (el meta-lenguaje suspende las reglas del lenguaje), lo que en cierta forma podría explicar la "libertad" crítica del humor. En un sentido parecido están las interpretaciones hechas por algunos post-estructuralistas, siguiendo las teorías desconstruccionistas de Derrida, cuando afirman que los juegos de palabras pueden revelar ciertos sentidos de un texto, inaccesibles de otra forma al estar ocultos por un significado dominante (Attardo 1994: 328-9, 170-3).

La influencia de Freud también se ha dejado sentir en la interpretación psicológica y sociológica del humor. La suspensión temporal de las normas (la "ilusión del humor") y el retorno momentáneo a las formas infantiles de pensar y actuar, son vistos como una variante positiva del mecanismo de defensa (aquí, mejor, de placer) de la regresión, que parece estar también relacionado con la capacidad creativa y

artística, según sugieren algunos estudios psicológicos (Wild 1962). La libertad que se consigue mediante la simple metacomunicación “esto es en broma”, permite pasar a la agresión, la obscenidad y el disparate sin temor a las consecuencias, pues en esa situación se produce también una suspensión o reducción de la intensidad del juicio crítico y del pensamiento realista. Tal vez por ello el humor es utilizado en multitud de circunstancias como un elemento reductor de la tensión, y algunos experimentos demuestran una considerable disminución de los sentimientos de ansiedad y agresividad inmediatamente después de la observación de representaciones de humor hostil (Levine 1968).

De la importancia del humor crítico como elemento de cambio social dan testimonio muchos ejemplos históricos y literarios, siendo tal vez las obras de Cervantes y Swift las más representativas de su utilización con fines moralizantes además de artísticos. El humor puede suponer un ensayo de categorías y clasificaciones alternativas del mundo, liberándonos de la esclavitud de las antiguas, por lo que también se ha definido como una especie de “revolución permanente”, de subvertidor y catalizador del proceso de cambio (Sillar 1992b: 241). No obstante, también es válida la objeción de que en ocasiones las categorías no se subvierten realmente, sino que, por el contrario, se pueden reafirmar por el hecho de exponer exageradamente los desastrosos efectos de abandonarlas (*Ibid.*: 246). El mismo efecto paradójico se desprende de que la subversión real pueda ser evitada y reemplazada por la “ficticia” que propone el humor y en este sentido parecen ir ciertos ataques “políticamente correctos” al humor y la ironía como armas sociales “poco serias” y “trivializantes” (Hutcheon 1995: 7, 49); Jonathan Swift se extrañaba de que, diez años después de la publicación de sus *Viajes de Gulliver*, continuara sin cambios el mismo comportamiento estúpido que tan virulentamente había denunciado (Boriev 1976).

Tal vez por esa razón no podría ser mayor el efecto práctico del humor de oposición política durante las dictaduras, aunque ayudara a sobrellevar los momentos difíciles mediante ese tipo de protesta “pacífica”, como por ejemplo todavía hoy en Cuba, donde uno de los más frecuentes chistes pone en solfa precisamente el principal eslogan del régimen (“Socialismo o muerte... y *valga la redundancia*”), o como ocurrió con la riquísima vena de chistes “de Franco” en nuestro país, hoy casi olvidados y de los que aquí recuerdo éstos, invitando a los lectores a resolver los enigmas: “¿en qué se parecen el Perú, Sofía Loren y Doña Carmen Polo?” y “¿por qué a Franco le llaman ‘Paco Licores’?” (Brandes 1977).

3. EL HUMOR EN ANTROPOLOGÍA: ALGUNOS EJEMPLOS

Como veremos después (4.5), uno de los temas tratados en este artículo es si existe alguna forma de acercarnos a las formas de humor del pasado. Aunque pueda extrañar, la dificultad de esa aproximación también existe para épocas muy próximas, puesto que las disciplinas históricas no se habían ocupado del tema hasta que hace pocos años surgió la “historia de las mentalidades”, e incluso entonces los problemas para aproximarse a las clases populares, aunque se cuente con algunas referencias escritas, son casi tan grandes como los que afrontamos prehistoriadores y arqueólogos de épocas más remotas. Un ejemplo reciente es el estudio que R. Darnton realizó sobre un acontecimiento concreto, que revela el sentido del humor, algo macabro según nuestros esquemas actuales, de los artesanos parisinos del siglo XVIII, para cuyo análisis necesitó claramente de la ayuda de la antropología estructuralista (Darnton 1987).

Una forma de aproximarnos al humor prehistórico, si bien indirecta y arriesgada, es la observación del humor actual de las sociedades de pequeña escala. Como es bien sabido, una de las más útiles a este respecto es la de los bosquimanos (San) de Sudafrica, y varios autores han buscado información al respecto. Koestler (1973: 10) analiza una anécdota narrada por Elisabeth M. Thomas (1989 [1959]: 67), en la que un grupo de bosquimanos, tras herir de muerte a un pequeño antílope, encontraron terriblemente graciosos los movimientos del animal en su agonía, imitándolos para aumentar la diversión sin mostrar la más mínima compasión ante el sufrimiento. Una explicación posible es que los bosquimanos, como muchos pueblos, no creen que los animales puedan tener sentimientos de dolor y por tanto dedujeron que el antílope los fingía, tratando de despertar la simpatía de los humanos; esa supuesta farsa era la que provocaba la risa desenfadada de los cazadores.

No era muy diferente la actitud de los antiguos griegos hacia los bárbaros, a quienes no consideraban humanos. Por otro lado, el sentido del humor de los antiguos hebreos no debió ser mucho más fino: de 29 referencias a la risa que se conocen en la Biblia, 13 proceden de la burla o el desprecio, y sólo en dos casos nace el buen humor de la alegría (Koestler 1973). Con todo, existen arquetipos humorísticos que trascienden las épocas y las culturas, como parece sugerir el hecho de que las pantomimas de Charlie Chaplin fueran altamente apreciadas durante la proyección de sus películas en contextos africanos toda-

vía no aculturados (Grotjahn 1957, cit. en Levine 1968: 6).

El siguiente ejemplo etnográfico también procede de los socorridos bosquimanos, y fue registrado por Polly Wiessner en su conocido artículo sobre las puntas de flecha de hierro del Kalahari (Wiessner 1983). Cuando los informantes G/Wi y !Xo vieron las flechas de los !Kung su primera reacción fue reírse diciendo que no servían para nada, aunque luego reconocieron que su pequeño tamaño podía servir para introducir el veneno más profundamente en el animal. Es evidente que el humor en este caso sirve para reforzar la identidad del grupo frente a los demás, y puede suponerse un antecedente del humor étnico antes visto. Por su parte, la reacción de los !Kung al ver las grandes puntas de los otros dos grupos nos ayuda a entender mejor el caso: su actitud fue de sorpresa y ansiedad, de temor ante lo desconocido (*Ibid.*: 269).

En una revisión del humor etnográfico no podía faltar una conocida institución de parentesco basada precisamente en el trato bromista: las "relaciones burlescas" (*joking relationships*, más correcta la denominación francesa: *parentés à plaisanterie*) que fueron definidas en varios artículos de los años veinte y cuarenta por Radcliffe-Brown (traducidos al castellano en la recopilación Radcliffe-Brown 1972). Se trata de un tipo de relación entre personas emparentadas de una cierta forma que lleva aparejado un comportamiento, recíproco o no, de intensas y abusivas bromas, que no están permitidas en otras relaciones. Los casos descritos primero por Radcliffe-Brown ("El hermano de la madre en África del Sur", 1924), en varias zonas de África y el Pacífico, correspondían al polémico "avunculado" y describían el abuso, de palabra y de obra, por ejemplo robándole, que el hijo de la hermana ejercía sobre el hermano de la madre en sociedades patrilineales. Un tipo de relación parecida, pero recíproca, es la que se da entre primos cruzados que pueden casarse entre sí, antes del matrimonio.

El hecho de que existan excepciones a las reglas anteriores (Cf. Sillar 1992b: 231-3, con relaciones de ese tipo entre no parientes, u opcionales), no quita importancia a este fenómeno, que presenta una uniformidad trans-cultural suficiente como para ser considerado como una norma en los estudios de parentesco. Radcliffe-Brown (1972: 119, 126) lo explicaba, junto con la actitud contraria de evitación o sumo respeto que existe entre otros tipos de parientes, por su capacidad de delimitar el conflicto y aumentar la solidaridad social controlando las amenazas potenciales. Un estudio sobre el comportamiento bromista en un medio industrial actual de Glasgow

(Sykes 1966, cit. en Sillar 1992b: 232-3) muestra la importancia que puede llegar a tener en nuestra sociedad para la formación de grupos, en especial de trabajo, hasta el extremo de que en ese caso era imposible que se desarrollaran conversaciones sin entrar en el juego de las bromas, sobre todo del tipo sexual de los individuos mayores a los más jóvenes. Otro estudio de un grupo profesional alto, los psiquiatras de un hospital, expuso la importancia social del humor para promover la solidaridad, liberar de la crítica excesiva, reducir la ansiedad y actuar como una válvula de seguridad contra las tensiones divisorias (Goodrich *et al.* 1954, cit. en Levine 1968: 6).

Otro contexto institucionalizado donde aparece la broma es en el denominado "humor ritual", cuando se produce una ausencia temporal de control social permitiendo un comportamiento contrario a las normas, sobre todo las sexuales y de autoridad. Así, durante la Edad Media europea y hasta el siglo XVI, especialmente en Francia se celebraba a comienzos de año la "Fiesta de los Locos", herencia tal vez de las *saturnalia* romanas, cuando todas las instituciones religiosas eran objeto de mofa (Bajtín 1974). Otra institución de más larga vida y parecida función es el carnaval, visto como una búsqueda del equilibrio social permitiendo un período de aparente desequilibrio, tras el cual se producía el cambio brusco desde un extremo al contrario de la Cuaresma (Caro Baroja 1979: 27).

En el mismo sentido también están los "payasos rituales" de las culturas indias americanas, con su comportamiento anormal que ridiculiza la vejez, las mujeres y los extranjeros (Reifler Bricker 1986: 203-6). Los varones travestidos de Chiapas (*Ibid.*) o los payasos Hopi con licencia para violar cualquier tabú, incluido el incesto (Levine 1968: 6), pueden ser interpretados de diversas formas: funcionalmente, como acabamos de ver en el caso del carnaval, o si suponemos que actúan como un mecanismo de corrección de comportamientos desviados, aunque su eficacia sea más que dudosa (Reifler Bricker 1986: 209-10), psicoanalíticamente como antes vimos (*regresión permitida*, Levine 1968), o bien estructuralmente si pensamos que la contradicción de los comportamientos puede ser una imagen de la oposición sagrado-profano, lo que explicaría que algunos de estos payasos tengan a la vez poderes mágicos y curativos (Sillar 1992b: 246).

Las actitudes humorísticas son también importantes en el control de las disputas de las sociedades de pequeña escala. Uno de los ejemplos más conocidos son los duelos de canciones entre los Inuit de Groenlandia: tras una acusación, típicamente de un hombre a otro por haberle robado la esposa, los liti-

gantes, acompañados de un tambor, se ridiculizan entre sí por turnos, ganando aquél que consiga arrancar mayores risas del “tribunal” compuesto por la audiencia de todo el grupo (Harris 1981: 308-9). Como parte del folklore de sociedades más complejas, el humor también puede ser un excelente indicador cultural, y su estudio proporcionar las claves interpretativas básicas (véase un ejemplo, en que el antropólogo cambió su tema inicial de estudio, la demografía, por las complejas variantes del humor andaluz, en Brandes 1991).

Por tratarse de una relación entre personas de culturas muy diferentes, en la que los problemas de traducción y comprensión suelen ser cruciales, el trabajo de campo etnográfico es un terreno abonado para el humor y la risa. En la comunidad antropológica fue un auténtico mazazo la publicación de los diarios de Malinowski, escritos en Melanesia durante la Primera Guerra Mundial, descubiertos en 1942 y no hechos públicos hasta 1967, bajo un título con el que los editores, según Geertz (1989: 87), intentaban “conjurar los malos espíritus”, *Un diario en el sentido estricto del término* (Malinowski 1989). Esta obra del padre del funcionalismo y la antropología moderna muestra una imagen muy distinta de la que la ciencia académica nos enseña habitualmente de sí misma, inmutable y objetiva, destacando la desagradable propensión del autor al odio hacia los papúes, a veces incluso albergando un sentimiento decidido de “exterminar a los brutos” (tal vez parafraseando a su compatriota Conrad). Con independencia de los valores morales y literarios que el libro posee, y de que su “yo testifical,” en palabras de Geertz, haya tenido mucho que ver en el origen de la actual antropología interpretativa, donde la personalidad y discurso del observador son tan importantes como los del observado, no cabe duda de que este “descubrimiento” ayudó a que otros antropólogos nos expusieran los verdaderos matices de su apasionante trabajo, y así es como hemos descubierto también el lado hilarante de la antropología, del que he escogido los siguientes dos ejemplos.

Como sabe cualquiera de los muchos que ya han leído *El antropólogo inocente* o su continuación *Una plaga de orugas*, los libros de Nigel Barley (1989, 1993) no sólo contienen múltiples ejemplos de un sutil y contenido humor sino que son un sincero relato de las inevitables dificultades del trabajo de campo etnográfico, en este caso realizado en Camerún. La gracia surge constantemente del mismo contraste cultural, y tanto desde la perspectiva del antropólogo como desde la africana. Esa diferencia ha sido aprovechada en numerosas ocasiones por la literatura, en general, para criticar la cultura europea des-



Figura 2.- “Los Papalagi nunca están satisfechos con su tiempo y culpan al Gran Espíritu por no darles más” (Scheurmann 1977: 36, 38; dibujo de J. Swarte).

de fingidas perspectivas extrañas, como ocurre en las clásicas *Cartas Persas* de Montesquieu o las *Cartas Marruecas* de nuestro Cadalso hasta, en nuestros días, en *Los Papalagi*, nombre dado a los colonizadores europeos por un imaginario jefe samoano (Scheurmann 1977) (fig. 2).

Que el humor desempeña también una útil función en el trabajo etnográfico de campo se puede deducir de ambos libros de Barley, quien reconoce que una de las razones principales por las que el observador es aceptado por el grupo que estudia es por ser una fuente constante de entretenimiento y diversión, a causa de su “impericia práctica y minusvalía verbal”, en palabras del introductor de la edición española, el malogrado Alberto Cardín. Las dificultades del antropólogo para expresarse dan origen a los momentos más desternillantes de estas memorias, como cuando, por un ligero error de tono al pronunciar ciertas palabras, la sencilla frase “tengo que guisar un poco de carne” se convertía en la más inquietante “tengo que copular con el herrero” (Barley 1989: 77); aunque más habituales son los contrastes de hábitos, en especial de higiene, como la ocasión en que los dowayos decidieron agrandar al antropólogo, a quien consideraban obsesionado por la limpieza, dando la calabaza donde él bebía cerveza a un perro para que la lamiera concienzudamente (*Ibid.*: 86).

En otras ocasiones parece inevitable que el humor surja de los caracteres aparentemente atrasados de los africanos, como cuando sus informantes, después de observar detenidamente la fotografía de un león, animal muy abundante en la región, le con-

testaron que “no conocían a ese hombre”, por la inexistencia de una cultura visual tradicional entre ellos (*Ibid.*: 122-4), o como cuando Barley comprobó con estupor que la piedra mágica más poderosa para traer la lluvia, cuyo secreto llevaba meses intentando conseguir del hechicero, era una vulgar canica de nuestros juegos infantiles, aunque cuando luego el antropólogo le mostró otra igual, el “jefe de la lluvia” le respondió que tenía que ponerla a prueba empíricamente (*Ibid.*: 195). Los ejemplos anteriores se compensan con las faltas y errores del antropólogo, que no es capaz de decidir si las informaciones erróneas que recibe constantemente se deben a diferencias epistemológicas entre ambas culturas, ignorancia unida a un exceso de buena educación de los africanos o estratagema tradicional para confundir a los extraños, posibilidad por la que se inclina (*ibid.*: 115), o con su casi cómica obsesión estructuralista, que le lleva a una constante búsqueda de correspondencias simbólicas hasta que por fin encuentra la “clave” que parece explicar toda la cultura dowaya (humedad :: lluvia :: circuncisión; *Ibid.*: 208).

Un libro de memorias, sin una finalidad específica al respecto pero conocido por los casos humorísticos que narra, es el que recoge las entrevistas que concedió poco antes de fallecer David M. Schneider (Handler 1995), conocido estudioso de los sistemas de parentesco y uno de los pioneros de la antropología interpretativa desde la influyente universidad de Chicago. Cuando trabajaba al final de los cuarenta en las islas Carolinas, y como también le pasaba a Barley en Camerún, los nativos, que aún conservaban viejos catecismos españoles, se empeñaban en considerar a Schneider como misionero católico a causa de su barba. Cansado de contradecirles, les explicó que era judío y que en América coexisten todas las religiones, a lo que los carolinos respondieron que querían conocer el judaísmo. Y aquí tenemos al antropólogo convertido en informante, lo que le hace sentirse especialmente incómodo y advertir hasta qué punto está falseando la realidad (como cuando evitó hablarles de la circuncisión, sin que supiera bien por qué —Freud quizá se lo hubiera podido explicar—). A los pocos días observó que su amigo el misionero católico no le hablaba, averiguando enseguida que todos los miembros del poblado se habían “convertido” al judaísmo y ya no iban a la iglesia. Cuando volvió veinte años después observó que muchos nativos jóvenes, delante de su apellido del lugar, llevaban nombres tales como Moisés, Abraham, Isaac, etc. Con todo, la historia no pudo redondearse, pues los nuevos misioneros le dijeron que esos eran los nombres que ellos mismos les habían dado (Handler 1995: 109-114).



Figura 3.- “Okey, okey. Os compramos vuestra religión, pero ¿qué pasa con las piezas de repuesto?” (dibujo de D. Langdon en *Punch*).

De las relaciones un tanto mercantiles que se establecían entre misioneros y nativos en los tiempos coloniales y aun después —hoy, según todos los indicios, afortunadamente desaparecidas— se puede ver un ejemplo en las memorias del antropólogo español Lluís Mallart (1996: 79-84) y también las observamos, felizmente iluminadas por el humor, en el chiste de la figura 3. Por último, en el ejemplo de la figura 4 se aprecia cómo la ironía puede anticiparse largamente a la ideología social y contribuir a su evolución positiva: en pleno apogeo del colonialismo alemán en África, considerado entonces vital para la igualación del *Herrenvolk* con sus competidores británicos y franceses, el dibujante se permitía anticipar una posible “revancha” multicultural, igualando la medalla del ejército imperial a los aros nasales de los nativos.

4. EL HUMOR EN ARQUEOLOGÍA: UN INTENTO DE CLASIFICACIÓN

Tras un examen rápido del material recogido para este trabajo, decidí simplificar las ocurrencias del humor en la arqueología dentro de unos cinco apartados diferentes: la imagen del arqueólogo como profesional, ya podemos imaginar que no precisamente con la intención de alabararlo; la parodia crítica de las teorías arqueológicas, tentadoramente fácil a causa de nuestro desvalimiento interpretativo; las reconstrucciones inventadas del pasado, que generalmente critican irónicamente una ingenua idea del

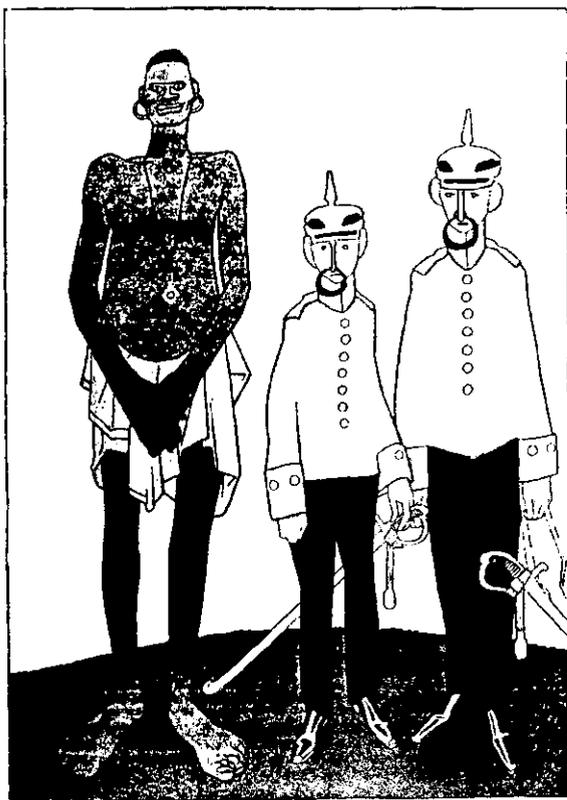


Figura 4.- "Revancha" (dibujo de Olaf Gulbranson en *Simplicissimus*, 1909).

progreso; las situaciones anacrónicas, donde se recurre al pasado para iluminar ciertos aspectos del presente, y por último algunos pobres intentos de recuperar arqueológicamente algún leve vestigio del humor de nuestros antepasados.

4.1. La imagen del arqueólogo

Una de las primeras imágenes humorísticas de la profesión fue seguramente la reflejada en las memorias que escribió Agatha Christie ([1946] 1987) sobre sus experiencias en el Próximo Oriente durante los años treinta acompañando a su marido, el arqueólogo Max Mallowan. Ya el mismo título del libro (*Ven y dime cómo vives*), que se refiere a la vida del pasado pero que también reproduce la educada pregunta que le hacían sus amigos sobre la vida en esos exóticos países, anuncia la general intrascendencia del mismo. Su marido aparece como un loco inocente que pretende nada menos que quitarle espacio en sus maletas para meter libros, que de sus vestidos sólo observa los estampados que recuerdan motivos antiguos, y que disfruta como un niño cantando canciones con el capataz árabe, durante los interminables y accidentados viajes por la Siria que entonces administraban —perfectamente, en opinión de Mrs. Ma-

llowan— los franceses. En general, la indiferencia y el típico *understatement* británico de Christie, base de su ligerísimo humor, resultan hoy más bien aburridos e incapaces de compensar el desagrado que produce su ideología colonialista, reflejada en la imagen de los sirios, que prácticamente no aparecen más que para criticar su ignorancia y ridiculizar su torpeza (para una crítica humorística de la antropología colonialista, ver Owens 1963). En ningún rincón del libro recuerdo haber visto su atribuido *bon mot* de que un arqueólogo es el marido ideal, pues cuanto más vieja es su mujer más le interesa, un poco soso como admite Bahn (1992: 318), quien a continuación expone, no sin reparos, un chiste que hubiera sido un placer poder contar a la digna dama: "¿cómo poner en apuros a un arqueólogo? Enseñe una compresa usada y pregúntale a qué período pertenece".

La idea del arqueólogo como sabio despistado se inscribe en la más amplia que quiere ver así a todos los científicos, despreocupados de todo salvo a todos los científicos, despreocupados de todo salvo a todos los científicos, despreocupados de todo salvo a todos los científicos. Es interesante también que en esa imagen aparezcan generalmente las dos "verdades" de la ciencia, la que busca únicamente el acrecentamiento del saber y aquella que empuja al científico a perseguir también el reconocimiento académico y social, la *libido sciendi* (Bourdieu 1997: 84-90). Un ejemplo entre muchos puede verse en la película *El baile de los vampiros*, cuando el típico profesor chiflado no puede negarse a matizar su hasta entonces muy negativa opinión sobre los terribles seres, tras escuchar al culto Drácula Mayor decir que es un gran admirador de sus escritos.

Todo el famoso libro de Paul Bahn (1989) sobre el arte de tirarse faroles en arqueología, al parecer la obra arqueológica más leída de la historia (Sillar 1992a: 205; Cf. Ruiz Zapatero 1991), está dedicado en gran parte a cómo mejorar arteralmente la imagen que los demás, incluidos los compañeros de profesión, tienen del arqueólogo. Así, fumar en pipa puede ayudar a que crean que nuestro trabajo es comparable al de Sherlock Holmes, y la barba a transmitir una imagen de sabiduría y madurez (Bahn 1989: 7). Hace pocos años dos de mis alumnas, que hicieron un trabajo de curso sobre las posibles clasificaciones de los habitantes de nuestra Facultad en función de su forma de vestir, afirmaron haber observado que los profesores de los departamentos relacionados con la arqueología tendíamos a llevar gruesos zapatos y botas, tal vez para adecuarnos a otra de nuestras falsas imágenes arquetípicas: que nos pasamos la vida en el campo. De igual manera, en la revista británica de humor *Private Eye* el arqueólogo es siempre descrito como "un hombre con barba en un agujero" (Bahn 1996: 1).

Otro de los mitos que acompañan a una cierta imagen pública del arqueólogo es el del consumo inmoderado de alcohol. En un curioso artículo publicado en una revista norteamericana (Butler 1976), se expone, acompañado de algunos gráficos estadísticos, el hecho de que la producción de publicaciones arqueológicas en los Estados Unidos experimentó un gran aumento inmediatamente después del final de la Prohibición (1919-1934), “confirmando de forma tentativa” la tesis de que la *bebida*, especialmente la ingerida en compañía de otros arqueólogos, es necesaria para el desarrollo de la disciplina. De cualquier manera, el tema se presta a la fácil exageración, como en la distinción que hace Bahn (1989: 13-5) entre la resaca frecuente y la resaca permanente como tendencias definitorias, respectivamente, de los arqueólogos de campo y de los teóricos o “de sofá” (otra diferencia radica en que los primeros excavan la basura mientras los segundos la escriben; *Ibid.*: 15).

En un análisis de la imagen de la arqueología en el ámbito del humor, en especial del gráfico británico desde mediados del siglo XIX, Warwick Bray (1981) observó la extraordinaria permanencia de una serie de clichés fijos sobre la profesión (inmutablemente situada en la época colonial y en un mundo fantástico que Bray llama *Archaeologyland* por su parecido a las falsas reconstrucciones de Disney) y sobre los arqueólogos, siempre clasificados en tres estereotipos: el rudo *explorador* en busca de una tribu, ciudad o tesoro perdidos (*Indiana Jones*), el *coleccionista* monomaniaco que no retrocede ante nada para satisfacer su única pasión, y el *investigador anticuario*, posesivo con sus datos y celoso de su reputación, intensamente concentrado en asuntos desprovistos de toda relevancia para el resto de los mortales. En esta imagen fija se detecta con todo un ligero cambio, si hemos de creer en los tipos aparecidos en la literatura desde finales del siglo XVIII y estudiados por Thomas (1976): la progresiva profesionalización del arqueólogo y su consiguiente pérdida de casta, al hacer ahora por dinero —“igual que los dentistas”— lo que antes hacía por pasión.

Por otro lado, la “doble verdad” que antes citábamos se puede apreciar también en que hoy todos los arqueólogos afirman con contundencia que no son buscadores de tesoros sino científicos, pero albergan secretamente en su interior la esperanza de que la suerte les lleve a ejercer con éxito de lo primero. En caso contrario no habría explicación para la rápida presentación de nuestros hallazgos con los habituales superlativos: el primero, el más antiguo, el mayor, el mejor conservado, el más rico o el más espectacular de su clase (Bahn 1989: 9-10). Este mismo autor aconseja que si queremos “llegar a la socie-

dad”, aunque a veces nos repugnen los medios para ello, busquemos temas interesantes que se refieran al sexo, la sangre o el canibalismo, y que no dudemos en seguir los indicios, por leves que sean, que ligen nuestras excavaciones con personajes conocidos (en Gran Bretaña el favorito es, con mucho, el rey Arturo). No hay duda de que un esqueleto cualquiera o una simple vasija más aumentarán considerablemente su interés público si podemos demostrar, o al menos sugerir la posibilidad, de que se trata de los huesos de la abuela de César o de la escupidera de Atahualpa (*Ibid.*: 10).

Un apartado que se presta especialmente al análisis de la conducta social del arqueólogo es el de las publicaciones impresas. En nuestro país su volumen ha pasado, en relativamente poco tiempo, de ser como un arroyo seco durante las sequías de los años cincuenta a parecerse a las actuales crecidas catastróficas de los noventa. Una metáfora parecida era utilizada hace años por un prehistoriador, que comparaba la primera situación con el estreñimiento y la segunda con la diarrea. Es un hecho claro, con todo, que en los últimos años son los vientres sueltos lo más abundante y ya son raros los investigadores cuya inactividad publicadora era diagnosticada, en el ejemplo de un profesor británico, como “trombosis” (Bahn 1989: 11). Tampoco cabe ninguna duda de la poderosa ayuda que en este proceso metastático (síndrome de “publica o perece”) han ejercido los procesadores de textos informáticos, y en especial los comandos que aparecen en las ventanas desplegadas con las etiquetas de *cortar*, *copiar* y *pegar*. A lo anterior ha de sumarse el poder creciente de los Tribunales, Comisiones Evaluadoras, Asesoras y otros Entes administrativos que eligen a los ganadores de una oposición y reparten el dinero de los proyectos, además del devastador efecto que los denominados *sexenios* (misteriosa calificación periódica de la producción académica que se puede traducir en ligeros incrementos del sueldo) están sin duda ejerciendo en las mentes de nuestros profesores e investigadores.

Porque ocurre que, si bien nunca se reconoce oficialmente, es mucho más fácil juzgar la cantidad que la calidad, y este proceso, reconocido en todo el mundo desde el establecimiento del *Campus global*, parece por desgracia imparable. En la arqueología norteamericana de hace unos años, Kent Flannery (1982: 266) reconoció un tipo, que denominó el “chico de los setenta,” que seguía un camino de ascenso académico bien claro: primero copiaba detalladamente los apuntes de uno de sus profesores, cuya intensa dedicación académica apenas le dejaba tiempo para publicar, y tras conseguir el primer empleo los pulía y sacaba en forma de manual introductorio;

luego escribía una tesis de seis capítulos, de los que obtenía seis artículos publicados en seis revistas diferentes, para un poco después reunirlos de nuevo en un libro tipo *reader*; a partir de entonces su sistema consistía en convencer cada año a algunas de sus muchas relaciones para editar un libro conjunto del cual sólo debía escribir un pequeño resumen introductorio sin una sola idea propia (un ejemplar parecido, el “joven presuroso”, aparece en las novelas humorísticas sobre el mundo académico escritas por David Lodge, por ejemplo *El mundo es un pañuelo*).

La historia de Flannery, divertida aunque en exceso didáctica, que se desarrolla en forma de conversación durante un largo viaje aéreo tras un congreso de la SAA, se completa con el arqueólogo “filósofo recién nacido”, en quien se adivina al modelo ultracientífico de Michael B. Schiffer, y la clase más querida por el autor, el arqueólogo de los “viejos tiempos”, que no comprende nada y a quien acaban de expulsar de su universidad por creer todavía en la “cultura” y no en el “comportamiento”, regalándole los compañeros como despedida su vieja paleta de excavador bañada en oro.

Aunque en España, a causa de nuestro secular retraso, todavía haya pocos/as “chicos/as de los noventa”, de lo que sí podemos presumir algo es de lo que Bahn llama “síndrome de Enid Blyton”, que consiste en obtener un máximo rendimiento publicitario con el mínimo esfuerzo, escribiendo múltiples variaciones sobre el mismo tema (el síndrome se podría hoy actualizar con el nuevo nombre de R.L. Stine), cuya básica identidad pasará inadvertida siempre que se altere el orden de los textos (con las ayudas informáticas antes citadas), se cambien los títulos y aparezcan publicadas en revistas diferentes. En la bibliografía del artículo de *Prewpaw* que citamos al comienzo pueden verse algunos de los sistemas empleados para realizar las combinaciones, como por ejemplo “Forma, símbolos y arte en la Cueva de la Hidrofobia” (1958a), “Arte, forma y símbolos en la Cueva de la Hidrofobia” (1958b) y “Símbolos, arte y forma en la Cueva de la Hidrofobia” (1958c), este último publicado en los *Proceedings of the Prehysteric Society* (Gifford-Gonzalez 1992: 221-2).

Las razones para no preocuparse por las consecuencias de tal proceder son claras: los evaluadores no tienen tiempo para leer todo (aparte de que ellos mismos también son, muy probablemente, “blytonianos”) y se sospecha con fundamento que el número de verdaderos lectores de nuestros artículos es casi infinitesimal (Bahn 1989: 35). Esto último ha podido ser comprobado en algunas ocasiones, como en un caso reciente español de plagio que no fue descubierto —por cierto, sólo entre una parte de la co-

munidad de especialistas y sin ninguna penalidad para el culpable— hasta mucho tiempo después de que éste comenzara a construir su grueso currículum a base de mal traducir artículos y libros en otro idioma.

Aparte de las publicaciones, un momento culminante de la vida de muchos arqueólogos es la presentación de la tesis doctoral o la prueba de acceso a un puesto de trabajo, generalmente a través de un concurso-oposición. Y es en estos actos públicos donde también salen a la luz algunas de las miserias de nuestra vida académica. Uno no sabe muy bien si reír o llorar ante la forma en que se suele proponer a los miembros de tribunales de tesis, con demasiada frecuencia escogidos entre los amigos íntimos del director del trabajo (aunque en algunos casos que conozco, esos son los críticos más severos), o ante las flagrantes injusticias que las oposiciones, sólo piadosamente tildadas de “endogámicas” en un sistema cada vez más especializado en escoger siempre al candidato “de la casa”, provocan para con aquellos investigadores cuya única falta es no pertenecer al mundo docente desde un principio, por muchas becas y largos currículos que puedan presentar. Pero es más bien triste comprobar cómo las cosas al respecto no han cambiado mucho desde aquellas terribles oposiciones de la posguerra española, denunciadas años después por Caro Baroja (1978: 387-8), quien no fue lo suficientemente “sumiso y hábil” para seguir entonces una carrera más provechosa, como alguno de sus mentores hubiese deseado (*Ibid.*: 338). Cierta arqueólogo que sí se “colocó” por aquellas fechas, confesó en una entrevista muy posterior cómo en su lectura de tesis usó el siguiente truco: habló en un volumen tan bajo que el tribunal —salvo los miembros que ya “estaban en el ajo”— fue incapaz de apreciar la ínfima calidad y nula originalidad de lo expuesto.

En el raro y espléndido libro de memorias de Julio Caro Baroja que acabamos de citar, también aparecen menciones expresas a arqueólogos de antes de la guerra civil y de la posguerra, sorprendiendo que antes de la contienda todos los que luego hicieron carrera fueran buenos amigos, y después de ella las relaciones fuesen tan tirantes como para “no convenir al ánimo” de D. Julio e incluso contribuir a apartarle de la arqueología (Caro 1978: 221, 338). En sus días de estudio en el Museo Antropológico conoció a Juan Cabré, que hablaba de sus investigaciones con “una familiaridad un poco chocante” (en una ocasión le dijo “¡Si viera usted los ‘antropomorfos’ que llevo en la carpeta!”) y parecía más bien abatido por el poco aprecio que despertaba en los prehistoriadores jóvenes de entonces (*Ibid.*: 382-3).

También en el ya muy citado libro de Paul Bahn (1989: 55-9), en la sección sobre “arqueólogos

famosos”, nos enteramos de ignorados aspectos de algunos de nuestros más admirados predecesores. Así, parece que Boucher de Perthes no sólo fue el primer prehistoriador, sino también el primero que advirtió una cierta sonrisa en la gente a la que contaba sus hallazgos, algo que todavía hoy es uno de los más frecuentes “riesgos profesionales” de la arqueología. También en el siglo pasado, el general Pitt-Rivers fue el primero que dirigió las excavaciones según el modo militar, estilo que luego han continuado muchos otros, entre ellos Mortimer Wheeler, quien no sólo hacía trampas para resolver con éxito los acertijos arqueológicos de un famoso programa de la televisión británica en los años cincuenta, sino que utilizó provechosamente su prestigio y picardía, proyectados a través de un famoso mostacho y perenne pipa curva, en sus relaciones con el otro sexo. Del abate Breuil podemos ver que su inmenso prestigio provocó que le llamaran el “Papa de la Prehistoria”, pero con la funesta consecuencia de que, como el auténtico de Roma, el sacerdote francés llegó a sentirse infalible y retirar la palabra a amigos íntimos que se habían atrevido a disentir de sus opiniones. Del matrimonio Leakey no nos cuenta Bahn, ignoro si por algún falso pudor, la gran afición de Mary por los licores destilados en los hermosos atardeceres ecuatoriales del Rift, aunque sí recuerda el apelativo de la pareja como “Huesos y Piedras”, por sus respectivas especialidades, y la fama que uno de sus hijos (‘R.E.’) consiguió con el famoso cráneo llamado ‘1470’, y ello a pesar de los esfuerzos de la competencia por desbancarle con otros fósiles de nombres más atractivos, como ‘Lucy’ o ‘La Primera Familia’.

Para terminar con el tema de esta sección, he recogido tres chistes gráficos publicados recientemente en *Antiquity*, todos ellos obra de M. Pickering (“MP”). En la más reciente serie humorística de esta

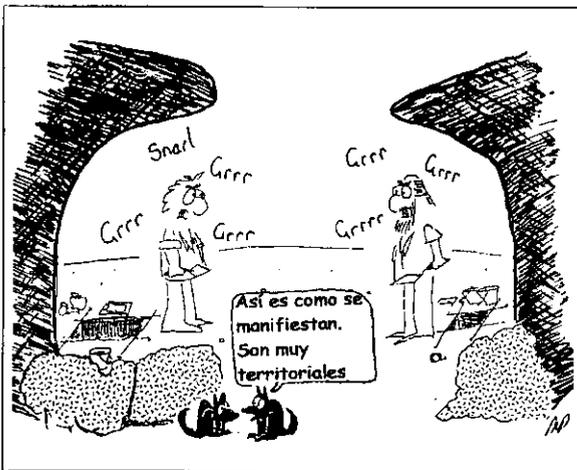


Figura 5.- Dibujo de M. Pickering en *Antiquity*.



Figura 6.- Dibujo de M. Pickering en *Antiquity*.

revista inglesa, cuyos chistes aparecen como ilustración de sus largos y densos editoriales, este dibujante, con un estilo quizás excesivamente escueto, ha decidido precisamente ridiculizar exagerando algunos aspectos del comportamiento del arqueólogo actual. Así, en la figura 5 se representa condensado el comportamiento posesivo de muchos de nosotros con respecto a los yacimientos y los datos, comentado por quienes precisamente entienden de comportamiento “territorial”: dos perros. En la figura 6 se paralelizan las envidias y la agresividad intelectual de algunos congresos arqueológicos con el asesinato de César quien, al igual que en la criticada pretensión de muchos arqueólogos, lleva la corona de laurel de la gloria sobre la cabeza y los bolsillos y manos llenos de dinero, aunque, en castigo de su éxito, su espalda ha sido atravesada mortalmente, no por simples puñales o espadas, sino por las típicas paletas de excavación. Por último, en la figura 7 aparece la representación de la “antropología fiscal”: tras un gran descubrimiento (un cráneo), el antropo-arqueólogo imagina un futuro rodeado por los signos del dólar y la libra esterlina, y marcado por las publicaciones, viajes, becas y al final el puesto fijo o el mayor nivel de escalafón en la universidad.

4.2. La parodia de las teorías arqueológicas

Es en este apartado donde veremos el mayor poder crítico y subversivo del humor, pues es aquí donde éste se atreve a poner en solfa nuestras más elevadas construcciones intelectuales; como se verá, el efecto de estos ataques es más que saludable.



Figura 7.- "Antropología fiscal". Dibujo de M. Pickering en *Antiquity*.

¿En qué se basan las parodias humorísticas sobre las teorías arqueológicas? Aunque existen variados mecanismos, de los que ya vimos antes algunos ejemplos generales, mi impresión es que lo que juega en muchos de los casos es aquella contradicción que vio Bergson entre un comportamiento humano y flexible, y otro mecánico y rígido: eso es lo que nos hace reír cuando vemos a alguien resbalar y caer por la calle (Bergson 1943: 16-7). El contraste es aún mayor si la rigidez está provocada por la distracción, la ausencia o el arrobamiento mental de quien vive en un mundo ideal, "contemplando las estrellas" como en el caso del soñador Don Quijote (*ibid.*: 19). Nuestra excesiva confianza en las teorías, que a veces es entrega incondicional, y los "patinazos" que nos hace dar, son seguramente la causa del gran placer humorístico, estético e intelectual que los chistes y las parodias "teóricas" provocan. Esta risa es a costa de nosotros mismos, lo que supone una buena cura de humildad y de higiene mental, y también de las teorías, que ven tambalearse el carácter metafísico falso que llevan adherido a causa de nuestra educación occidental y moderna.

En relación con lo anterior tal vez viene a cuento una anécdota personal que resumo a continuación. Hace bastantes años, en una de aquellas extrañas manifestaciones políticas que pedían la democracia plena durante la Transición, siempre prohibidas por el gobierno, yo me encontré en una curiosa situación: acompañado de varios amigos, a quienes por desgracia ya casi no recuerdo, corría por una calle

del elegante barrio de Almagro en Madrid, habiendo sido esta extraña conducta provocada por dos guardias de uniforme gris que inopinadamente habían comenzado a hacer lo mismo justo detrás de nosotros. En un momento determinado, el suelo húmedo —era otoño o invierno, aunque tal vez la niebla que recuerdo fuera en realidad gas lacrimógeno— o mi propio miedo y torpeza me hicieron resbalar y darme un costalazo en el alcorque de un árbol, cuyo dolor no he olvidado pero del que entonces hice caso omiso para escrutar rápidamente nuestra retaguardia y evaluar la difícil situación. Mi sorpresa fue total, pues los dos policías habían disminuido su peligrosa velocidad para reírse a mi costa (otro ejemplo del poder "desmovilizador" del humor). Con una sonrisa de circunstancias, y el previo temor a una engorrosa detención sustituido por una nueva y algo más soportable sensación de ridículo, fuime y no hubo nada, pero ese rápido paso de "tragedia" a "comedia", en cierto modo me hizo ver aquella situación, aquel colosal absurdo, de manera completamente diferente. Salvando las distancias, podría ser que de forma parecida el humor actúe como el disparador de una luz súbita sobre muchos de los problemas teóricos de los arqueólogos.

La tradición historicista en arqueología, si bien ya pasados sus mejores momentos, aún conserva mucha fuerza entre nosotros. Una de las prácticas metodológicas a ella asociada, que ha superado bien la crisis y parece haberse incorporado como norma estándar de nuestra comunidad científica, es la búsqueda y publicación de los *paralelos* de cualquier pieza arqueológica con la que estemos tratando. A pesar de algunas llamadas a utilizar métodos resumidos (p.e. Gardin *et al.* 1987), el caso es que la mayoría de los autores prefieren seguir llenando páginas y notas a pie de referencias que intentan contextualizar sus hallazgos, lo que habitualmente significa colocarlos cronológicamente de la forma más exacta posible. Según va aumentando el número de yacimientos excavados y el material referenciado, las listas de paralelos crecen asimismo. Los problemas de esta hipertrofia fueron tratados por Kevin Butcher (1992), imaginando una antigua isla descrita por *Pseudostrabus* como el lugar donde, a imagen del universo de Platón, todos los objetos del mundo tenían una copia ideal. Allí deberíamos recurrir todos los arqueólogos agobiados por la falta de paralelos de cualquiera de nuestros hallazgos, pues ya en la orilla nos esperarían los caritativos *parallellitani* con objetos exactamente iguales, cada uno de ellos procedente de un contexto estratigráfico perfectamente sellado y fechado, así como una clara explicación de su funcionalidad o significado ritual. El problema de dicha isla es

que, como ya dejó dicho el Pseudoestrabón, desapareció hace mucho tiempo, hundida en el fondo del mar por el enorme peso de objetos y conocimientos sobre ella acumulados.

Un ejemplo de crítica humorística a la arqueología nacionalista puede verse en uno de los capítulos de la hilarante obra, anónima y tal vez sólo aparentemente colectiva, dedicada por elementos de la Universidad de Santiago a un imaginario profesor, Avelino Abelleira, que “da cabeça a os pés era português” (VV.AA. 1990). Esa misma frase del primer trabajo del folleto, induce a clasificarlo como perteneciente al humor étnico que antes vimos (recuérdese el “Admiróse un portugués / de que los niños en Francia...” de Moratín), aunque también tenga aspectos muy variados y otros del viejo y chusco humor estudiantil tipo “La Casa de la Troya”. En el capítulo llamado “A gaita dos druidas: música e iniciación entre os celtas da Galicia prehistórica na obra de Avelino Abelleira”, el *maltratado Avelino* estudia el patrio instrumento, afirmando con naturalidad que “A nosa historia é tan antiga e reflexa un universo de formas tan trascendental na historia da humanidade, que o seu contido é reflexo singular do espírito preclaro do que se nutren unha flamante tradición e inmejorable actitude de ánimo”, seguido de una interpretación de los dólmenes megalíticos como púlpitos desde donde el primitivo gaiteiro animaba y contemplaba las contorsionantes danzas que por debajo del monumento marcaban la “introducción efectiva do elemento feminino no seo da comunidade galega” (*Ibid.*: 40-41).

En los primeros tiempos de la Nueva Arqueología, Lewis y Sally Binford (1966) escribieron un pequeño artículo satírico en contra de las interpretaciones que sobre el origen del Neolítico tenían los grandes nombres de la época (Braidwood, Adams), que casualmente eran sus superiores en la Universidad de Chicago. Tal vez por esa razón, y por los conflictos que entonces tenía Binford con esos y otros arqueólogos y antropólogos del departamento (Handler 1995: 185-7), el humor del escrito aparecía enmascarado por la habitual jerga científica, tan del gusto del autor, y aparentemente no fue apreciado por casi nadie (Renfrew 1987: 687).

Resulta curioso que con el paso del tiempo haya sido la Nueva Arqueología, luego llamada Procesual, la puesta en solfa, en muchas ocasiones, precisamente por sus pretensiones de lenguaje científico, y Binford uno de sus representantes más atacados, a veces simulando su estilo bajo una firma apócrifa que recuerda su nombre: *Lovis R. Binderf* (Gifford-Gonzalez 1992), *Lovis R. Funbird* (Gifford-Gonzalez s. a.), *Lewis R. Brimfull*, “rebotante” (Brimfull 1963),

o combinado con otro de los nombres sagrados de los comienzos de la tendencia: Lewis D.L. *Binclarke* (1970). Este último texto fue escrito por un arqueólogo neozelandés, D. Bayard, durante las excavaciones del sitio tailandés de Non Nok Tha, con objeto de criticar la compleja terminología entonces en boga (que él combinaba al azar como en los “generadores” que luego veremos), a la cual prefería el reconocimiento simple y honesto de nuestras limitaciones en la interpretación del pasado; según contó Glyn Daniel, David Clarke supo apreciar la broma, citando a Voltaire para demostrarlo (Daniel 1971).

Leyendo el título del panfleto recién citado (Binclarke 1970), se aprecia donde residía la clave de este primer humor “teórico”: al igual que en los dibujos del Doctor Franz de Copenhague publicados en el TBO o en los más recientes chistes “förgendros” de Forges, es fácil hacer reír imitando un lenguaje científico con artilugios o palabras inventadas que recuerden las originales. El lector aprecia entonces que si éstas no tienen ningún sentido, entonces las verdaderas podrían no tenerlo tampoco, y de repente todo su prestigio y poder caen por los suelos, y la expectativa que despiertan se derrumba. Así, la búsqueda “logogenética” de *Binclarke* se complementa con la aproximación “lógico-deducto-analogístico-yacimiento-formativa” de *Prewpaw* siguiendo a *Binderf*, inventor del “Excesualismo”; el “Nihilismo Estructural”, el “Post-excesualismo” y la “Simple Inacción” de *Ivan Hyper*; la “Arqueología Práctica Antisintáctica” y el “Guanolítico” de *Fred Nedd*, y la “Arqueología Banal” de *Nelson Shiver* (Gifford-Gonzalez 1992). En este mismo trabajo aparece también citado un texto de *Dierdre Glibford* (“Una sistematización compleja de conceptos simples sobre formación de los yacimientos”) que demuestra que el humor bien entendido empieza por uno mismo.

La búsqueda sistemática de nuevas palabras, que a veces designaban conceptos viejos, fue justamente criticada por aparentar una renovación que en muchas ocasiones era sólo superficial. Así, en el poema “Un arqueólogo moderno” (Roe y Watson 1986), éste se define a sí mismo como “geotnoarqueocconomobiólogo” con 17 títulos de 15 universidades diferentes, y termina diciendo: “he contratado a un ta-fónomo y despedido a mi tipólogo / soy el modelo exacto del moderno arqueólogo”. También la excesiva labor teórica y el menosprecio del trabajo de campo fueron criticados por los arqueólogos “sucios” y más pegados al terreno: en la parábola antes citada de Flannery (1982), el “filósofo recién nacido” advierte que es mejor proponer las leyes (ser un “productor”) para que las comprueben los demás (“consumidores”) y que él no necesita romper el suelo periódico

dicamente para reafirmar su condición de arqueólogo, a lo que el personaje “de los viejos tiempos” responde: “creo que acabo de oír a 10.000 yacimientos arqueológicos exhalar un suspiro de alivio”. En la misma historia, poco antes de que el avión aterrice, el filósofo y el “chico de los setenta” intentan aprovechar el viaje estudiando la basura que recoge la azafata (comparando la de las clases primera y turista, por supuesto), para publicar un interesante artículo que complete, en los tiempos de las comunicaciones y la globalidad, el famoso estudio sobre residuos urbanos realizado en Tucson por W. Rathje (1974).

La excesiva confianza, o incluso a veces la fe ciega, que los primeros procesuales pusieron en la cuantificación y los métodos estadísticos, también ha sido objeto de mofa en muchas ocasiones. Así, tenemos que el ya varias veces citado *Dudley Prewpaw*, tras diez años analizando la cerámica de la Cueva de la Hidrofobia (obtenida en cinco años de excavación), llegó a la conclusión de que 81.792 fragmentos, de un total de 81.997 (es decir, el 99.7499999%), eran de un tipo bastante corriente, salvo la especial pieza objeto del artículo (Gifford-Gonzalez 1992). El chiste de la figura 8 es también una buena crítica de esa ingenua actitud, a la vez que una didáctica presentación del agudo problema del muestreo en arqueología. Como es bien sabido, en el caso de los fragmentos cerámicos las unidades de estudio (fragmentos) no corresponden con las de utilización (vasijas) y el recuento de las primeras, en función del variante grado de rotura de cada vaso, no es generalmente indicativo de las segundas a menos que se intente corregir pesando los fragmentos o calculando el porcentaje de la vasija completa que representan (Orton 1988: 174-7). El humor del chiste procede de dos contradicciones: la de una lógica actual expresada en la Prehistoria, y la que se produce entre dos interpretaciones, correcta e incorrecta, de la estadística, como en el chiste de Koestler que antes vimos. De acuerdo con la obsesión que algunos tienen por poseer a cualquier precio una muestra *significativa* (es decir, “grande”), es cierto que sería deseable que los prehistóricos hubieran roto las vasijas a conciencia, y para el caso, daría igual que fuera el mismo arqueólogo quien lo hiciera antes de comenzar el análisis.

Analizando la arqueo-estadística de los años setenta, Thomas (1978) distinguía lo bueno (un sustancial número de análisis correctos), lo malo (errores, incluso alguno cometido por él mismo, provocados por una falta de formación matemática) y lo feo. Este último apartado es el que más se acerca a nuestro tema de la crítica humorística, pues se refiere a aquéllos que se “suben al carro” de los métodos cuantitativos, convirtiéndolos en un fin en sí mismos.



Figura 8.- Dibujo de M. Pickering en *Antiquity*.

Después de atacar al “carro” de la taxonomía numérica, muy utilizada pero raras veces superior al experimentado ojo del arqueólogo, y al del muestreo (una moda que también arrasaba entonces), se refiere de forma casi sangrante a un artículo de Gunn (1975), publicado con todos los honores en la mejor revista norteamericana, donde se aplicaba el análisis factorial a los datos culturales y ambientales de la cueva Hogup en Utah, buscando un “sistema envirotecnológico” y obteniendo conclusiones realmente curiosas, como que la influencia del tipo de hábitat sobre el cambio cultural a lo largo de su historia se podía cuantificar en un cincuenta por ciento, y sobre la utilización de palos cavadores y cestas en un quince por ciento. He aquí un estudio en el cual los números se salen fuera del análisis y toman vida por sí mismos (Thomas 1978: 238-40). En ese mismo artículo recogí la cita de Marvin Harris, tomada de uno de sus manuales, de que los ordenadores son “aparatos para ahorrar tiempo que incrementan sustancialmente el trabajo”. También sobre la informática, habría que recordar aquí al técnico del equipo de *Prewpaw*, que falleció sepultado por una tonelada de *output* de datos, cuando por error solicitó una impresión completa del *Human Relations Area File* (Gifford-Gonzalez 1992: 214).

También en relación con la estadística, está una importante cuestión de la práctica teórica arqueológica: ¿cuánta seguridad tenemos en las afirmaciones que hacemos? Sobre este tema escribió hace unos años un interesante texto Philip Rahtz (1985: 106-110), proponiendo cuantificar de 1 a 10 el grado de probabilidad, de “muy improbable” a “cierto”, para que los lectores sepan a qué atenerse cuando leen las publicaciones arqueológicas. Rahtz opinaba que,

en realidad, los arqueólogos afirman con un grado de seguridad inverso al que sienten internamente, y para acceder a la verdad proponía una tabla de conversión o “traducción”: por ejemplo, “sólo posible” significa realmente “estoy completamente seguro pero no puedo probarlo; el lector apreciará lo cauto e inteligente que soy”; “hay algunos datos que indican que” se debería convertir en “no hay ninguno pero me encantaría que los hubiera”; “sería prematuro sugerir que” se traduce por “pero sería estupendo que”, e “indiscutiblemente” por “no hay ningún dato sobre la cuestión”.

Con respecto a otro de los apartados básicos de la arqueología procesual, la etnoarqueología, recojo aquí uno de los chistes más conocidos y apreciados sobre este tema, y el trabajo etnográfico en general (figura 9): es evidente la crítica a la presunción de “primitivismo” que algunos antropólogos suponen en sus informantes, así como a la principal premisa de la etnoarqueología, que las culturas ágrafas actuales son un reflejo de las antiguas y prehistóricas. En la figura 10 se recoge otro chiste de Larson relacionado con este tema, quizás todavía más interesante por más sutil: lo que aquí tenemos son unos curiosos e inesperados “cementeros secretos” que nos recuerdan de nuevo la canica que el “antropólogo inocente” logró descubrir del brujo de la lluvia africano.



Figura 9.- “Antropólogos!, antropólogos!” (dibujo de Gary Larson en *The Far Side*).



Figura 10.- *Murray es sorprendido profanando los cementeros secretos de instrumentos* (dibujo de Gary Larson en *In search of the Far Side*).

Pasando a comentar la siguiente “oleada” teórica en arqueología, resulta interesante constatar que casi no haya encontrado nada gracioso publicado sobre la fase hoy ya casi dominante, al menos en el “núcleo” angloamericano de la disciplina: la corriente posprocesual. Parece existir una incompatibilidad entre las posiciones “post” y el humor que no consigo explicarme (ver por ejemplo Hutcheon 1995: 49). Por otro lado, y a pesar de que la modernidad no debería poder ser criticada desde las “nuevas” posturas, porque éstas representan precisamente el final de la idea del progreso, característica de aquélla, y por tanto la negación de que pueda existir ninguna “superación” de lo anterior (Vattimo 1996), el estilo de los posprocesuales suele ser muy agresivo con la corriente anterior (ver por ejemplo Barrett 1996). En las contribuciones a la “hebra” de humor arqueológico aparecidas en Internet y que citaba al comienzo del artículo, la única nota ligeramente disonante fue precisamente un comentario en contra de una imitación jocosa del lenguaje posprocesual. En cierta manera, muchos representantes del posmodernismo ejercen, desde su posición de aparente superioridad teórica, una “intimidación” que dificulta la aproximación humorística, y que paradójicamente recuerda la que ellos mismos reprochaban a la modernidad (el cientifismo que reivindicaban el marxismo y el psicoanálisis) cuando empezaban su nueva crítica (Derrida 1989: 27).

Pero no desesperemos. Del trabajo ya varias veces citado de Prewpaw extraigo este texto, que revela cómo *Dud* estaba sin duda al corriente de las post-últimas teorías de Hyper: “Si toda existencia cultural está ligada en un proceso dialéctico y recursivo de experiencia, interpretación, experiencia, reinterpretación, y así sucesivamente, el individuo y la sociedad pueden igualmente crear e imponer sobre su medio ambiente cualquier forma que represente una estrategia viable para negociar carreras vitales enmarcadas en una estructura cultural concreta, innovando y creando de novo, libres de la tiranía del tiempo y la ecología. Si esto es así, entonces ¿no es cierto también el hecho contrario, es decir, que el tiempo y la ecología pueden liberarse a sí mismos de la tiranía de los constructos culturales, e iniciar una relación dialógica con su contexto, en la que se moldea una nueva configuración de la ‘realidad’? ¿No es cierto que esta compleja química de mente, materia y otros temas ineluctables produce realidades múltiples e interactivas?” (Gifford-Gonzalez 1992: 219). Como es bien sabido, muchas veces las imitaciones superan al original.

En la bibliografía del mismo artículo podemos ver algunos supuestos títulos de las post-nuevas teorías: “Lo que tengo delante, ¿es un yacimiento o sólo otra dialéctica?”, de *Marcus Lemone*, o “Todos foucaulteados (*Foucaulted-up*): más cosas malas de la arqueología posexcesualista” de *Fred Nedd*. Y hablando de Foucault, en otra de las listas de Internet (*Arch-theory*), aparte de comprobar hasta qué punto muchos jóvenes historiadores y arqueólogos anglos

están hoy fascinados por el autor de *Vigilar y castigar*, he podido leer un curioso texto, titulado “Yo fui esclava de amor de Michel Foucault” (*I was Michel Foucault’s love slave*), firmado por Carol Lloyd y que trasmite en clave de humor una pequeña autobiografía personal y crítica de la era post-estructuralista. El texto es encabezado por una paráfrasis del conocido comienzo del poema *Aullido* de Allen Ginsberg (1993: 10-11, “He visto a los mejores cerebros de mi generación destruidos por la locura...”), cambiando los términos que se refieren al abismo de la droga por otros nuevos: “He visto a los mejores cerebros de mi generación destruidos por la teoría, bien alimentados y vestidos, satisfechos, arrastrándose al amanecer por los campus caucasicos, a la búsqueda de un significante airado”. La protagonista, que confiesa ser “hija de la Teoría” y tener en la universidad “orgasmos literarios” cada vez que leía uno o dos párrafos de la “vaporosa prosa de la desconstrucción” —después de leer a Paul de Man, pero antes de conocer su pasado nazi—, describe como sus experiencias la llevaron cada vez más lejos de la realidad y de la verdadera acción y compromiso, al estar progresivamente centrada en el lenguaje, junto con los intelectuales y grupos progresistas que discuten y escriben en su “amistoso paisaje lingüístico”, mientras la derecha va controlando poco a poco el país real.

Antes de pasar de tema, recojo dos títulos más: el de un libro de *Priggs* y *Silly*, citado en el artículo de Gifford y como los otros también ficticio, “Opresión, represión, explotación, belicismo y otras cosas malas en Prehistoria”, y otro auténtico cuya

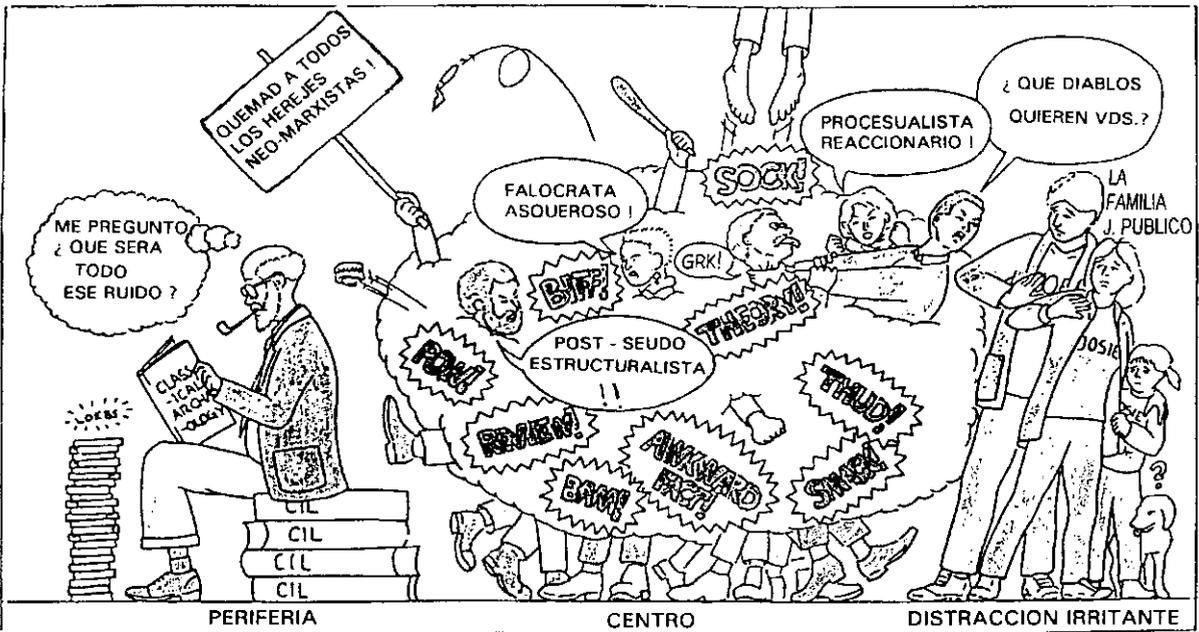


Figura 11.- “La triste realidad” 2. ... una visión de cómo son realmente los arqueólogos (según James 1992, 305).

lectura aconsejo a quienes quieran ver, sonreír, y también pensar sobre los últimos post-excesos de la metodología de excavación reflexiva, contextual, interactiva y multivocal o polifónica (Hodder 1997). Por último, véase en la figura 11 una interpretación humorístico-gráfica del actual conflicto teórico en la arqueología angloamericana, alejado por igual de los ausentes arqueólogos clásicos y del intrigado y algo temeroso público. Ciertamente, un claro tono de agresividad parece acompañar la expresión de las últimas posturas: por hermosas e iluminadoras que a veces parezcan las teorías, las caras de los teóricos son bastante feas.

El texto imaginado de *Priggs* y *Silly* se puede entender como una crítica implícita del marxismo a través de la parodia de sus escritos. La verdad es que resulta difícil criticar y no digamos ya reírse de cualquiera de los defectos o problemas que plantea esta poderosa teoría, ante el temor de ser acusado de reaccionario o defensor del capitalismo y el imperialismo, y por ello son de admirar aquellos investigadores que se han atrevido a hacerlo desde una perspectiva honrada, pues no creo que todos los elogios interesados de la derecha hayan podido compensar el rechazo furibundo de la izquierda oficial que, no lo olvidemos, ha controlado e “intimidado” durante mucho tiempo en los mejores medios intelectuales y académicos. Esto me recuerda un excelente chiste que he conseguido recordar desde hace tiempo: cuando un periodista occidental busca datos sobre el descontento y la oposición política en la Yugoslavia comunista del mariscal Tito, uno de los obreros que interroga durante el descanso del trabajo le dice subrepticamente que hablará con él a la salida de la fábrica cuando nadie les vea; llegado el momento, y cuando el periodista espera encontrar a un verdadero disidente, el obrero abre los brazos para solicitar comprensión y dice “¡yo quiero a Tito!”. Una sorpresa parecida, pero en sentido inverso, se debieron llevar los organizadores de varios congresos celebrados hace unos años para establecer lazos entre investigadores españoles y soviéticos, al comprobar que los precedentes de la antigua Patria de los Trabajadores querían hablar de cualquier cosa menos de marxismo (algo esperable tras la absoluta uniformidad teórica de la época soviética; Trigger 1992: 221).

Algo similar ocurre con la crítica del feminismo. ¿Cómo hacerla sin ser tachado de sexista? Es un hecho cierto que la mayoría de los ataques vulgares al feminismo, todavía muy frecuentes en nuestra sociedad, son hechos desde una perspectiva machista, zafia y casposa, pero eso no debería ser razón para sacralizar este movimiento, ni ningún otro por justo y necesario que sea. Uno de los pocos que se han

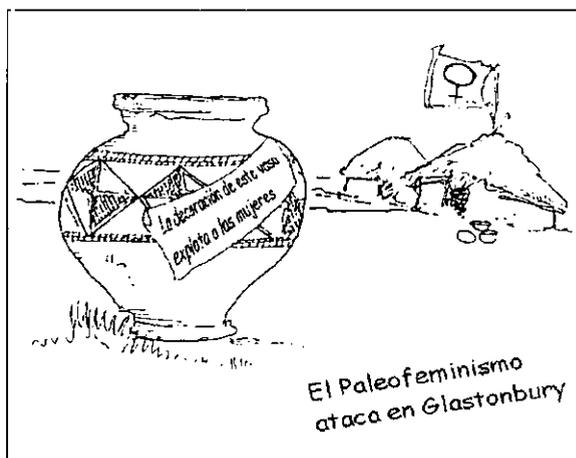


Figura 12.- Según Sinclair y Baker, repr. en Sillar 1992b.

atrevido a criticar ligeramente sus excesos ha sido Paul Bahn, tal vez después de pensárselo mucho, pues no había dicho ni palabra en su libro de 1989 y sólo escribe un párrafo al final del artículo de 1992, opinando que igual que la Nueva Arqueología fue un “buen negocio” para los chicos, la Arqueología del Género lo es para las chicas, y que raro es el mes en que no se anuncia algún nuevo congreso sobre el tema, al que asisten colegas femeninas junto con unos pocos varones a la última (*trendy*) que aspiran a la corrección política, terminando con una referencia a la ya muy explotada historia del rey desnudo. En la introducción de *Digging for a laugh*, Bill Sillar (1992a: 206) se muestra manifiestamente incómodo con esta crítica de Bahn, a la que no sabe si responder en serio recordando la importancia del pensamiento social feminista (y ser acusado de carecer de sentido del humor), o hacerlo en broma con una agudeza verde de dudosa gracia. Sin embargo, más adelante Sillar (1992b: 241-2) reproduce un chiste (figura 12) que une la contradicción del claro anacronismo (feminismo durante la Edad del Hierro) a la incongruencia que supone proyectar a la prehistoria ciertas ideas recientes sobre el papel de la decoración en la negociación de los roles sociales (Hodder 1988: 127-41).

Las teorías, como cualquier tipo de discurso, se distinguen por los términos que emplean, y no hay duda de que los cambios y revoluciones científicas implican siempre un cambio en el lenguaje. Este hecho puede ser aprovechado por el lector hábil de textos arqueológicos para conocer fácilmente y *a priori* la tendencia teórica de cualquier publicación, según las palabras que emplea en su mismo título. Así, los nuevos arqueólogos, luego procesuales, usaban profusamente términos como Modelo, Sistema, Paradigma, Deductivo, Ecología, Medio Ambiente, Paisaje, Territorio, Subsistencia, Estrategia, Comportamiento

to, Complejidad, Optimización, Evolución, Proceso, Equilibrio (Isostático), Demografía y Teoría. Pero los tiempos cambian, y ahora no hay manera de que te acepten un trabajo para un congreso anglo si no escoges alguno de estos: Reflexividad, Construcción, Reconstrucción, Deconstrucción, Negociación, Renegociación, Género, Rol, Identidad, Discurso, Texto, Simbolismo, Ideología, Poder, Estructural, Contextual, Dialéctica, Acción, Práctica, Hermenéutica, Individuo y Teoría Social. Hace unos años se publicaron en *Antiquity* varios “generadores de galimatías” automáticos, que invitaban a escoger, manualmente o mediante un programa de ordenador, varios números al azar, cada uno de ellos correspondiente a un término teórico (una de las listas empezaba por: cíclico, incipiente, socio-, multidimensional, parámetro, dendrítico, red, jerárquico, etc.) y así poder construir frases y dominar sin esfuerzo la teoría arqueológica (Chippindale 1990: 10-11; ver un sistema parecido en la “Teoría de la insaculación” de Caro Baroja, 1978: 209).

Dejando ya las teorías generales y pasando a aspectos más concretos, tenemos en el arte rupestre, sobre todo el paleolítico, uno de los casos más claros de conflicto interpretativo, que no podía ser desaprovechado por el humor. Paul Bahn ha criticado (p.e. Bahn y Vertut 1988: 159-65) la extendida idea de que los frecuentes signos ovalados grabados y pintados correspondan a genitales femeninos, siendo uno de los más claros argumentos en contra el que no aparezcan precisamente allí donde deberían estar, es decir, entre las piernas de las estatuillas claramente femeninas llamadas “venus” (véase una interpretación “actualista” de ellas, como antecedentes del *Playboy*, en la figura 13). Lo simpático de esta historia radica en que su origen está en una afirmación del abate Henri Breuil, en 1911, que llamó a esos signos *puendum muliebre*, una forma realmente pudorosa de referirse a las vulvas, y en que se aceptase sin más la “autoridad” en este tema concreto de un sacerdote.

Para ilustrar su dura crítica de la hipótesis de la magia simpática cazadora, la teoría que más aceptación ha tenido en la interpretación del arte desde que Reinach la tomara a comienzos de siglo de los primeros estudios sobre los aborígenes australianos y luego Breuil la defendiera durante su larga carrera investigadora, Paul Bahn (1991) utilizó chistes gráficos y reconstrucciones artísticas que muestran el éxito popular de tal idea. De ellos hemos escogido dos, de los que el primero, de MacLachlan (fig. 14), concentra varios mensajes interesantes: si suponemos que la cueva está siendo descubierta por los dos exploradores, bastante típicos, y que por tanto los grafi-



Figura 13.- Dibujo de P. Laurent (1965).

tos y las claras escenas de caza (que combinan estilos paleolíticos y mesolíticos) a las que se superponen son contemporáneos, entonces tendríamos una sociedad prehistórica con una ideología dominante basada en la caza y una oposición reprimida que debe emplear las pintadas ilegales como medio de expresión y sabotaje. Aunque el humor proviene de colocar a



Figura 14.- Dibujo de MacLachlan, repr. en Bahn 1991.



Figura 15.- Dibujo de Bill Tidy, repr. en Bahn 1991.

grupos ecologistas sofisticados (de un supuesto *Animal Liberation Front*: ¡cuánto hubiera sufrido Brigitte Bardot en el Magdalenense!) que conocen la escritura en esa época, la riqueza del chiste aumenta también por el conocimiento que el dibujante tiene de la fuerza de los símbolos en la creación y luchas de las ideologías y quizás también de las hipótesis sobre el arte rupestre como expresión de la dominación

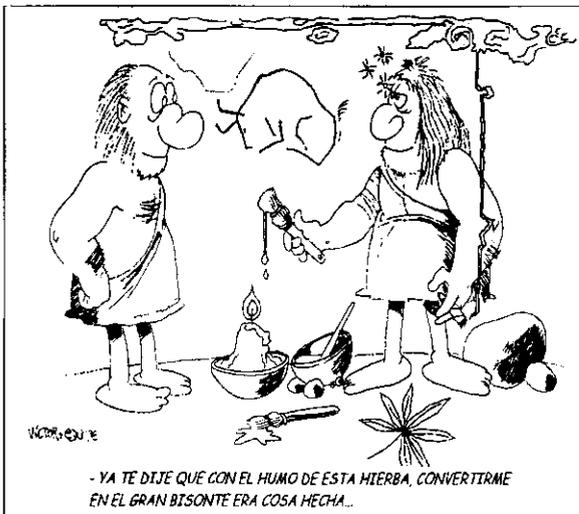


Figura 16.- Dibujo de E. García.

masculina en la sociedad paleolítica (Faris 1983). El segundo (figura 15) utiliza de nuevo el anacronismo para ilustrar la teoría de que algunas de las figuras pudieron servir como información pedagógica para los jóvenes y futuros cazadores (Mithen 1988).

El chiste de la figura 16 ilustra la más reciente interpretación del arte paleolítico, como producto de estados alterados de conciencia de los chamanes, conseguidos mediante la danza, drogas u otros medios (Lewis-Willians 1994; Clottes y Lewis-Willians 1996) y el de la figura 17 la posibilidad de que en su momento fuera visto como simples escenas de caza a pesar de los esfuerzos de los teóricos actuales por complicar su función con mensajes ocultos y segundas intenciones, presentes sólo en la mente del ya entonces "incomprendido" pintor prehistórico. Por último, en la figura 18 funciona un anacronismo absoluto, pues vemos al artista paleolítico trabajando —con la despreocupación característica del funcionario— para los consumidores actuales del arte rupestre, los turistas.

Sobre la investigación del Paleolítico conozco una desternillante parodia, escrita por Diane Gifford-Gonzalez (s.a.) e inexplicablemente inédita, surgida como resultado de haber tenido la autora que leer una memoria completa de excavación de un yacimiento alemán, en especial la parte geológica, durante un curso impartido por Clark Howell. La "venganza" de Diane comienza por el nombre del sitio, que convierte en un "Harzmountain-Liederkrantz" de



Figura 17.- Dibujo de Bill Tidy en *Antiquity*.



Figura 18.- Dibujo de P. Laurent (1965).

rotundo germanismo y lejano recuerdo a los famosos amigos-traidores del príncipe Hamlet, y por el idioma que supuestamente traduce y resume, el *furgliano*, oscuro dialecto prusiano escrito en caracteres árabes. El opúsculo, repleto de ingeniosos juegos de palabras en varios idiomas de difícil traducción sin perder con ello la gracia, nos habla, entre otras muchas cosas, del método de muestreo *I Ching*, del sistema de análisis de matrices *De mal en peor*, de las 389.000 categorías en que se dividen los artefactos europeos en la obra *Mitteleuropa antes del Volkswagen*, del complejo lítico Grouchomarx, de una nueva e interesante teoría sobre el abrupto paso del neandertal al sapiens como consecuencia del consumo de hongos alucinógenos bajo las Luces del Norte (recordemos *Northern Lights*, la conocida “marca” de marihuana cultivada en Amsterdam), de los estratos que aparecieron intensamente bioturbados, crioturbados e incluso quizás masturbados, y de la —no por consabida menos eficaz— coña de las fechas radiocarbónicas y su calibración.

También se pueden colocar en este apartado de las parodias teóricas algunas afirmaciones jocosas sobre las excavaciones arqueológicas. Este tema podría dar mucho de sí debido a las numerosas anécdotas que existen sobre situaciones reales del trabajo de campo, como los errores y manías de los arqueólogos, bromas, falsificaciones, comentarios de los visitantes, conflictos con los lugareños, etc., pero lo publicado al respecto, incluso en medios más abiertos como el angloamericano que aquí estoy siguiendo en

lo esencial, parece ser sorprendentemente escaso o, más probablemente, está escondido en algunos apartados de largas memorias que “no se las salta un gitano” (como una simpática anécdota sobre las aves que la expedición americana en el desierto egipcio usaba como reserva alimenticia, recogida en el prólogo de Wendorf y Schild 1980). A continuación se resume lo mejor que he podido rastrear.

Según parece, algunos directores de excavación —en el caso real que comento se trataba de una excavación romana en Italia— usaban el siguiente truco para seleccionar a los arqueólogos principiantes: enterraban una moneda falsa en la zona a ellos asignada, y si no la entregaban al supervisor eran rechazados para continuar el trabajo; la anécdota es sólo el comienzo de un simpático relato sobre cómo se falsificaban tesoros arqueológicos en ese país (Underwood 1990). Sobre la creciente lentitud de las excavaciones (que parecen películas “a cámara lenta”), y la influencia que en ello han tenido los manuales de Philip Barker, se han escrito algunos “pensamientos nocturnos” vergonzantes (recogidos en Rahtz y Burrow 1992: 381-2), tales como que si extraes los huesos humanos deprisa parecerán de fauna y se podrán tirar, que no dudes si puedes sacar varios niveles a la vez pues es mucho más rápido, que no registres nada que no merezca al menos una frase en la Memoria, etc.

En las páginas de humor de la revista electrónica publicada por los graduados en arqueología de Sheffield en Internet (*Assemblage* 1996) se presentan algunos “mitos y leyendas”: un amigo de un amigo me dijo que... seis kilos de sílex retocado neolítico fueron arrojados a la terrera porque los arqueólogos creían estar excavando un yacimiento medieval, o que un laboratorio de carbono-14 respondió a unos arqueólogos que su yacimiento era muy, pero que muy antiguo, y la causa era que habían enviado una muestra de carbón fósil; o esta definición, tomada de un práctico “glosario”: un *contexto arqueológico* se define como la basura que se extrae de la cata en el tiempo comprendido entre dos visitas consecutivas del supervisor... Otras definiciones, tomadas de Bahn (1989: 62) son las de *ritual* como explicación universal válida para cualquier hallazgo cuando no se nos ocurre ninguna otra cosa, o la de *silo* para cualquier agujero demasiado grande para ser de poste y la de *agujero de poste* para cualquier hueco demasiado pequeño para ser un silo. Leyes fundamentales de cualquier excavación (*Ibid.*: 22) son que la parte más interesante del yacimiento está siempre debajo del montón de tierra acumulado por la excavación, o fuera de la zona escogida para ser excavada, y que los hallazgos más interesantes siempre aparecen el



Figura 19.- Dibujo de Antonio Fraguas, "Forges". (Cortesía de D. Ruiz Mata).

último día de trabajo ("ley de Howard Carter", que encontró la tumba de Tutankamon cuando su mecenas Lord Carnarvon estaba a punto de retirarle la financiación).

Volviendo a las páginas divertidas (*Fun Pages*) de la revista *Assemblage*, en el número de mayo de 1997 aparece una lista de los mejores *Pubs* arqueológicos británicos, junto con un crucigrama de figuras de la teoría arqueológica, varias recetas antiguas y una famosa, y al parecer auténtica, carta de contestación del Museo Smithsonian de Washing-

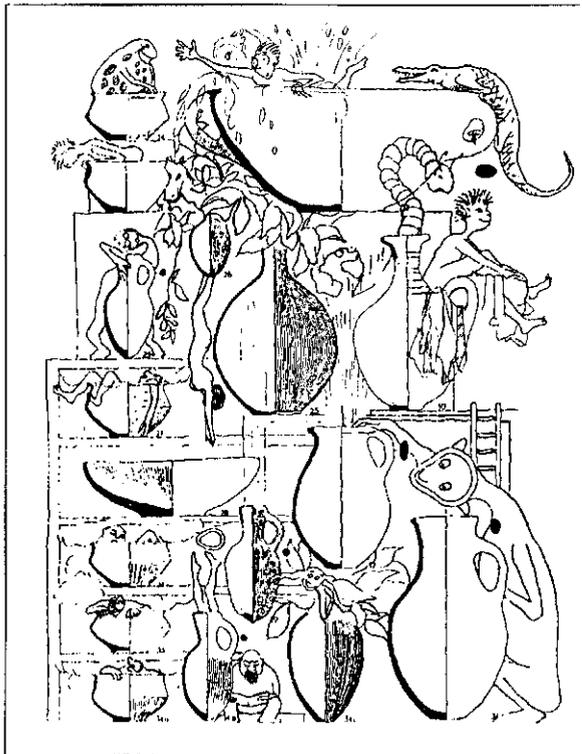


Figura 20.- *Cómo revivir páginas aburridas*. Dibujo de Henry Hankey (1985).



Figura 21.- *¡No te pases!* Dibujo de Henry Hankey (1985).

ton, rechazando la pretensión del comunicante de presentar como prueba irrefutable de la presencia humana en América hace dos millones de años, el hallazgo en el jardín de su casa de un fragmento de muñeca *Barbie*.

Por último, en la figura 19 se puede ver una crítica típicamente "forgiana" de la pedantería arqueológica, en un chiste inédito de nuestro más querido dibujante, y en las figuras 20 y 21, de Henry Hankey (1985), diplomático británico casado con una arqueóloga para cuyo equipo realizó dibujos de materiales, se aportan algunas ideas sobre cómo animar un poco nuestras aburridas publicaciones.

4.3. Ficciones humorísticas

En este apartado examinaré algunos ensayos de reconstrucción ficticia del pasado, que a veces pretenden llamar la atención sobre algún aspecto criticable de nuestro presente, y que se han hecho utilizando el humor explícitamente o bien pueden ser interpretados en esa clave.

Algo muy poco conocido entre nosotros son las reconstrucciones de "arqueología ficción" que, al igual que la ciencia ficción imagina un futuro plausible, crea un pasado hipotético. Basándose en uno de los primeros cuentos de Borges, "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" (Borges 1971) y lejanamente en casos de

piezas arqueológicas falsas inventadas y vendidas como auténticas en el siglo pasado (ídolos sardos y figurillas cerámicas moabíticas), el profesor de arte norteamericano Beauvais Lyons lleva ya varias décadas creando *ex novo* culturas arqueológicas completas, diseñando su cultura material, escritura, escultura y arquitectura para luego exponerlas en bastantes museos de su país y algunos europeos. En los años setenta inventó la civilización de *Arenot* en Turquía (Hutcheon 1995: 168), en los ochenta la cultura de *Apasht* en Afganistán (Lyons 1985), y los noventa vieron su reconstrucción de un templo *aazudiense* en el Alto Éufrates (Lyons 1994; Hutcheon 1995: láms. 6.3, 4 y 5).

De las tres creaciones he podido consultar con más detalle datos de la segunda, en cuyas exposiciones públicas se daban conferencias para ilustrar la ciencia de la Apastología por el Profesor Lyons, director de los Archivos Hokes. Este último término (que recuerda *joke*, en inglés broma) nos muestra que siempre se conservaba algún elemento que pudiera servir de pista sobre el carácter ficticio (como en *Arenot*), aunque, al parecer, muchos espectadores no lo apercibieron. Según Hutcheon (1995: 168), el carácter irónico ha ido aumentando con el tiempo, y los “marcadores meta-irónicos” son cada vez más difíciles de detectar (pero no en el caso de los genitales o las manos con dedos cruzados del supuesto lenguaje “indescifrado” apástico, ver figura 22). En otro caso relacionado, la “civilización de *Lhuros*” creada por Norman Daly asistido por Lyons, la exageración era mucho más visible, con artefactos que recuerdan a un exprimidor de zumos moderno, otros elaborados combinando piezas industriales (pero todas ellas patinadas y desgastadas para simular la antigüedad) y hasta una grabación sonora de supuestos ritos orgiásticos *lhúricos*, lo cual recuerda más algunas experiencias de arte contemporáneo (p.e. del tipo de los “objetos imposibles”) que una provocación arqueológica (Daly y Lyons 1991).

Porque de eso se trataba, de provocar y hacer reflexionar a los espectadores, siempre suponiendo que éstos acabarían percibiendo el engaño. La exposición de Daly estaba diseñada para “intensificar la incertidumbre y la ambigüedad a través de reforzar y debilitar, alternativamente, la credibilidad de la civilización inventada”, “desafiar las inocentes suposiciones de los visitantes sobre la realidad de la cultura antigua y la de sus propios sentidos” o jugar con ese sentido personal del tiempo, no cronológico, que proviene del mero hecho de que una cosa sea experimentada como antigua (*Ibid.*: 265, 268). Aunque las exposiciones no gustaron a todos los arqueólogos, indicando algunos que el carácter falso debería ser más

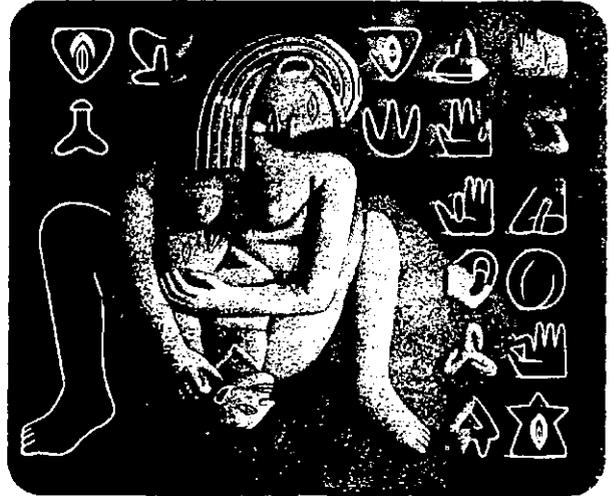


Figura 22.- *Catálogo de las Excavaciones de Apasht, Volumen II, Lámina XII, litografía, 22x28 pulgadas, 1983.* Esta figura corresponde a la tableta 9 de la edición oriental del *Código de la Creación de Apasht*. Algunos investigadores han propuesto que la tableta muestra al hermafrodita primordial dando a luz a los gemelos primordiales. Aunque las imágenes glíficas de ésta y otras tabletas del código parecen tener un significado concreto, nadie ha sido capaz de descifrarlas hasta ahora (Según Lyons 1985: fig. 3b).

evidente o criticando lo que consideraban una burla de la arqueología profesional, Lyons (1994), que se ve a sí mismo como un artista especializado en “arqueología paródica” (*mock-archaeology*), cree que la imitación burlesca puede promover una conciencia más crítica de la disciplina, y que es beneficiosa para el público y los profesionales porque ilustra (a la vez que desconstruye) la forma que tienen los museos, con su presentación elaborada y visual, de hacer creíble cualquier cosa, y corrige nuestra tendencia a ser “persuadidos por el estilo” y la forma de las cosas. Es algo parecido a aquella definición del arte que dio Picasso: “la mentira que dice la verdad” (*Ibid.*).

Limitada al plano literario, puedo citar aquí otra ficción paródica, que describe una futura excavación arqueológica de nuestra cultura occidental del siglo XX, la cual desapareció sepultada por los folletos publicitarios a causa de una disminución accidental de las tarifas postales (Macaulay 1980). Las habitaciones donde los esqueletos yacen en sus posturas habituales (en la cama o el baño) se interpretan como tumbas, y los objetos cotidianos son claramente rituales: la televisión es el Gran Altar, la cama una Plataforma Ceremonial, la bañera un sarcófago blanco, la taza del WC la Urna Sagrada y su tapa el Collar y Cabezal Sagrados, el papel higiénico el Pergamino Sagrado, la ducha la trompeta que producía la música funeraria, etc. Todo el humor se limita a eso: imaginar unos arqueólogos del futuro bastante tontos y sugerir implícitamente que nosotros también lo somos cuando estudiamos el ritual del pasado (olvidaba



Figura 23.- *El hombre primitivo abandona la vida en los árboles* (dibujo de Gary Larson en *In Search of the Far Side*).

algo: el descubridor se llamaba Carson y murió a manos de un colaborador desequilibrado, aunque muchos lo atribuyeron a una maldición de la tumba). Como es lógico, la idea de una excavación en el futuro ha sido aprovechada en más ocasiones, de las que



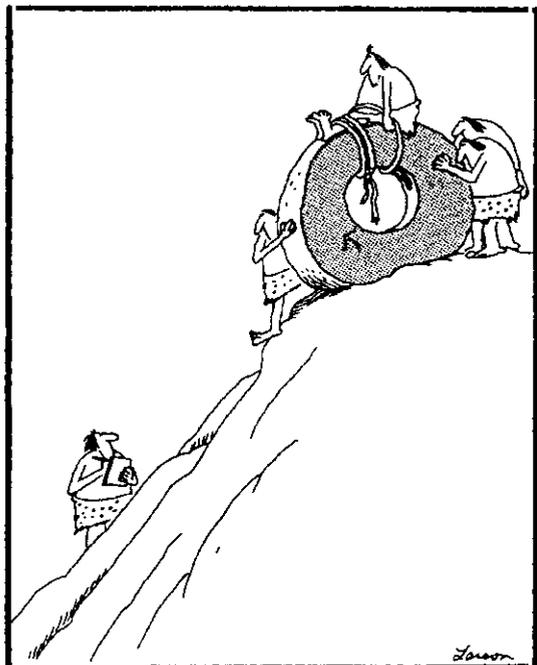
Figura 24.- *“Resiste, Arnold... Si les dejamos entrar una vez ya quedarán hacerlo siempre”* (Dibujo de Gary Larson en *Hound of the Far Side*).



Figura 25.- *“¡Neandertales, Neandertales! ¡No saber hacer fuego! ¡No saber hacer lanza! ¡Niah, niah, niah...!”* (Dibujo de Gary Larson en *The Far Side*).

aquí recojo, aunque no he podido consultar, la de Greenberg (1953, cit. en Gould y Schiffer 1981), sobre *Tell-El-New York*. Otro relato paródico, esta vez ambientado en la prehistoria, es la novela de Roy Lewis *Crónica del Pleistoceno* (1994), publicada anteriormente con otros títulos (*¿Por qué me comí a mi padre?*, Versal, 1991), y que refleja con humor la alternativa entre estancamiento cultural y progreso trasladando al *Tío Vania* de Chejov al Paleolítico.

Muchos chistes gráficos sobre nuestro tema se pueden clasificar como reconstrucciones paródicas, que en general “iluminan” humorísticamente un hecho muy conocido de la prehistoria o la antigüedad. Los cuatro siguientes elegidos pertenecen a la pluma y el genio de Gary Larson: la figura 23 muestra un detalle de la epopeya del descenso de los árboles que nuestros antepasados remotos realizaron al convertirse en bípedos; en la figura 24 el dibujante se coloca, de nuevo, del lado de los animales en el conocido tema de la ocupación de las cuevas por el hombre y el consiguiente desalojo de aquéllos; la figura 25 ilustra un posible escenario amable de la famosa relación entre neandertales y cromañones, y la figura 26 muestra uno de los abundantes chistes que existen sobre otro de nuestros más renombrados “hitos”: la invención de la rueda. Finalmente, en la figura 27 tenemos una interesante interpretación del final de la “ideología” prehistórica en Inglaterra, provocado de forma ilegal y nocturna por ocultos “activistas” romanos.



© Universal Press Syndicate 1985

Figura 26.- *Los primeros experimentos con el transporte* (Dibujo de Gary Larson en *The Far Side*).

4.4. El juego de los anacronismos

Una gran parte de los chistes más eficaces de tema arqueológico o histórico son los que se basan en la contradicción de presentar hechos o situaciones de una época determinada en el contexto de otra diferente y alejada en el tiempo. Generalmente, el efecto humorístico no surge tanto del propio anacronismo, aunque éste ya podría ser risible en sí mismo (error, ridículo), sino de que la coincidencia de las situaciones es imposible, y por ser esta imposibilidad tanto mayor cuanto mayor es el tiempo que separa ambos contextos, no es de extrañar que muchos chistes tengan a la prehistoria o la antigüedad como contexto de

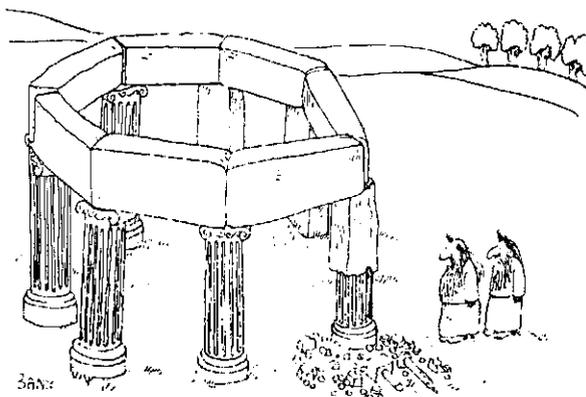


Figura 27.- *“¡Solo vivo para el día en que cojamos in fraganti a esos bastardos romanos!”* Dibujo de Jeremy Banx en *Punch* (1982).



Figura 28.- *“Veo tu pequeña cabeza petrificada... etiquetada dentro de una vitrina en alguna parte”* (Dibujo de Gary Larson en *The Far Side*).

situación y a la actualidad como contexto original del comportamiento descrito. Se trata del mismo mecanismo que explica el humor de series norteamericanas de dibujos tan conocidas como los *Picapedra* o *B.C. Los primitivos*.

Así, en la figura 28 tenemos de nuevo un chiste de Larson donde un adivino paleolítico contempla en su bola una situación futura, por otra parte no del todo inverosímil; parte de la gracia surge de la indiferencia que refleja el obtuso rostro de nuestro

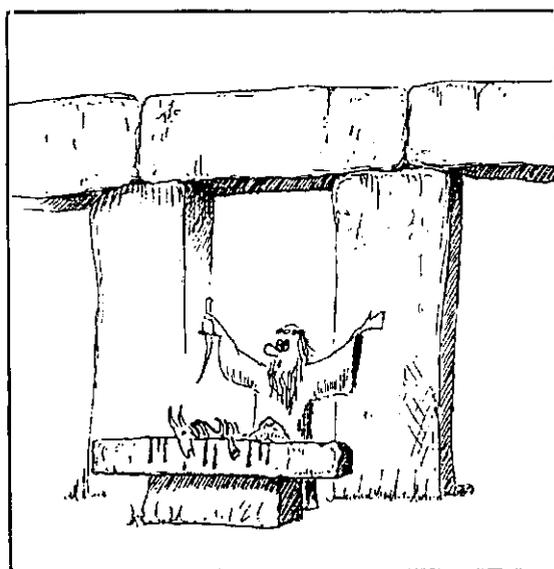


Figura 29.- *“Mañana rondaremos los 25 grados con chubascos ocasionales”* (Dibujo de A. Stuart, en *Sillar* 1992).



Figura 30.- El ritmo de trabajo en Stonehenge disminuyó drásticamente cuando se colocaron las tres primeras piedras (Dibujo de Steve Best).

personaje ante la posibilidad de ser admirado por otras lejanas generaciones. En la figura 29 la incongruencia es más complicada: un personaje con los atributos inventados de un druida celta de la Edad del Hierro, según la imagen típica, también falsa, colocado junto a los trilitos de la Edad del Bronce de



Figura 31.- "Estoy preparando un problema estratigráfico" (Dibujo de P. Laurent 1965).

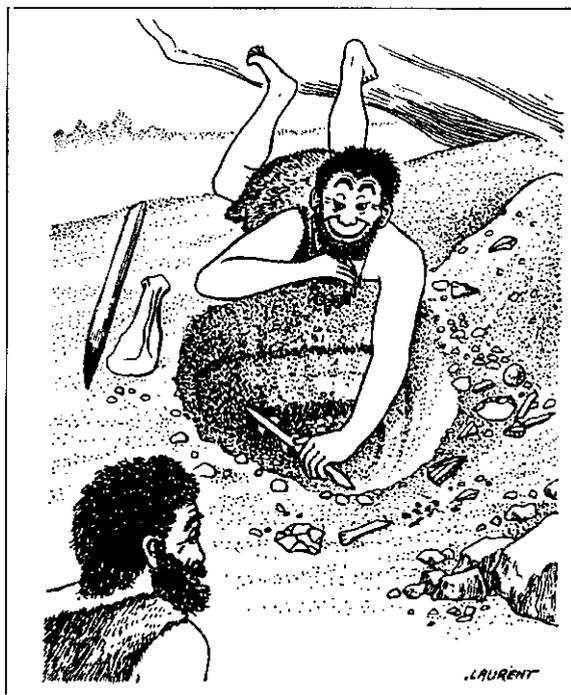


Figura 32.- "Ellos' encontrarán esto en el Musteriense..." (Dibujo de P. Laurent 1965).

Stonehenge, realiza un sacrificio animal para presagiar el futuro al modo de los arúspices romanos, pero expresándolo en la forma habitual de nuestros partes climáticos actuales; el humor no sólo proviene del múltiple anacronismo, sino también de la idea implícita de que nuestros meteorólogos no se diferencian mucho de los adivinos prehistóricos y, como ellos, tampoco son dignos de mucho crédito. Otro de los muy frecuentes chistes basados en Stonehenge se puede ver en la figura 30, con la actividad accidental que retrasó las obras del gran megalito.

En las siguientes tres figuras, 31 a 33, se recogen chistes de P. Laurent (1965), el más famoso dibujante de temas prehistóricos en Francia. El primero pone en solfa el método estratigráfico y la interpretación de los suelos de habitación paleolíticos, solo imaginando unos improbables y anacrónicos hábitos de limpieza por parte de los cazadores de esa época (pero el dibujante sí que se adelantó: cuando hizo el chiste todavía no había publicado Schiffer sus famosas distinciones entre desecho primario, secundario, residual...). El siguiente (figura 32) imagina a un bromista magdaleniense colocando un arpón en un nivel musteriense, tal vez previendo que así va a contribuir al avance de la arqueología en un futuro muy lejano, al poner en solfa nuestro tradicional método del "fósil director." Para entender el siguiente chiste (figura 33) es necesario estar al tanto de la polémica que provocó el análisis hecho por F. Bordes del Complejo Musteriense, como formado por cuatro o cinco



Figura 33.- *El Complejo Musteriense* (Dibujo de P. Laurent 1965).

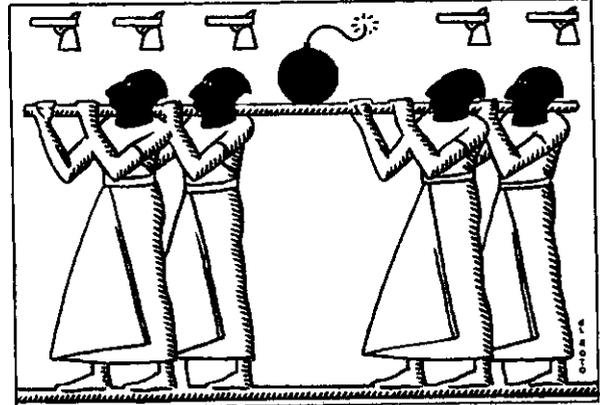


Figura 35.- Dibujo de *El Roto* en el diario *El País*, 19 de noviembre de 1997.

facies que correspondían a pueblos o tribus distintas que apenas habían entrado en contacto. Es fácil transformar ese “complejo” pleistocénico en alguno de los que afectan a la sociedad contemporánea y nos obligan a pedir ayuda al psicoanalista: lo que no está tan claro aquí es si el paciente es el prehistoriador “acomplejado” o el neandertal disociado en una triple personalidad esquizoide por culpa del primero.

En las figuras 34 a 37 tenemos varios chistes referidos al Egipto faraónico, la época antigua que más veces ha sido parodiada e imitada en todo tipo de medios. El primero es todo un golpe visual, al mostrar como se hacían *realmente* los textos en escritura jeroglífica, en obeliscos que surgen de unas especiales máquinas de escribir que recuerdan a las actuales, mientras que el siguiente imagina cómo podría ser una representación de los actuales terroristas egipcios en la antigua escritura, hecha tras el sangriento atentado contra turistas en Luxor de noviembre de 1997. Los dos siguientes (figuras 36 y 37) jue-



Figura 34.- Cómo se escribían los obeliscos egipcios (dibujo tomado de la película de la Unesco *¡Allo! ¡Hallo! ¡Aló!* repr. en Mikes 1976).



Figura 36.- “¿De verdad que no quiere nada más en el Otro Mundo?”. Dibujo de Ed Fisher en *Punch*.

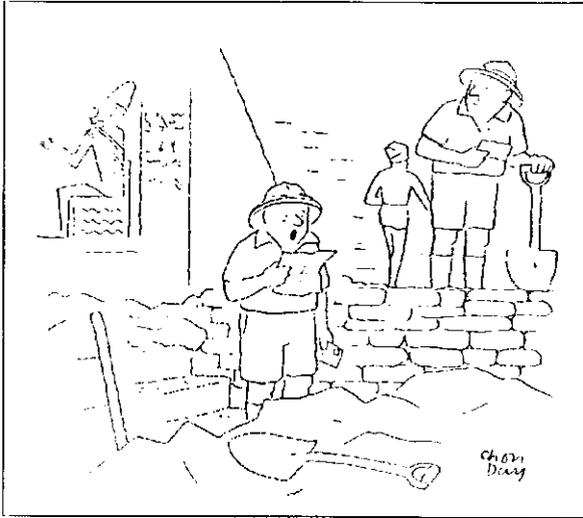


Figura 37.- "Bien, la maldición ha empezado a actuar. Mi mujer está de camino hacia aquí". Dibujo de Chon Day.

gan con dos temas clásicos del humor: la realización de las fantasías sexuales en la vida de ultratumba, que los antiguos egipcios cuidaron tanto, y la crítica machista de la supuesta dominación femenina en el matrimonio occidental de clase media, aquí asociada con el también muy explotado tema de la maldición de la momia.

Las figuras 38 y 39 son dos imaginativas síntesis visuales de la evolución biológica y cultural. La primera muestra el resultado de un hipotético atajo que llevará al primate muy por delante de las demás especies, dejando con un palmo de narices al pez que espera paciente su turno en la escala evolutiva.



Figura 38.- Dibujo de Fred Schwab.

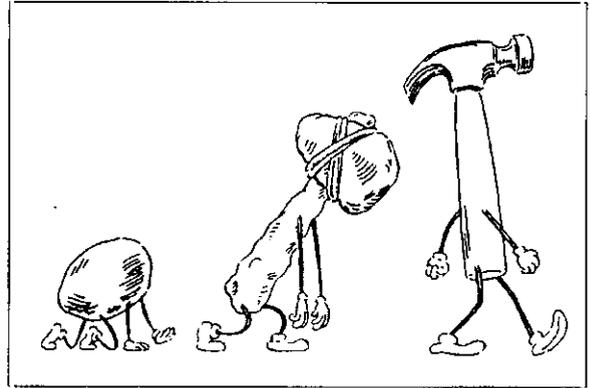


Figura 39.- Dibujo de R. Grossman en *Natural History*, 106, 1997.

La segunda presenta una síntesis rápida e irónica de la evolución humana basada en el cambio de herramientas; cierto aire inconsciente y chulesco del martillo hace que además de compadecer a las renqueantes piedras también sintamos las sombras de duda y ambigüedad que hoy se ha extendido sobre nuestra antaño tanquilizadora fe en el progreso. En la figura 40 podemos ver una de las aventuras del astuto Stanley, personaje que ejemplifica precisamente en qué se ha convertido esa vieja idea de la civilización: un largo camino de engaños y trampas a la naturaleza (que el dibujante imagina justamente fracasadas, tal vez



Figura 40.- Tira de "Stanley, el Gran Heroe Paleolítico" de Murray Ball en *Punch* (1973).



Figura 41.- “¿A veces me pregunto de dónde sacas todo eso?”. Dibujo de Erikson en *Playboy*.

para compensar nuestro creciente sentimiento de culpa). Una representación gráfica de otra vieja idea tópica, la que atribuía al género masculino el mérito de todos los inventos de la humanidad, y que incluso Darwin recogió en su obra (Stoczkowski 1994: 246), se puede ver en el chiste de la figura 41, que también sugiere la existencia de premios sexuales para los “manitas”.

Por último, en el chiste de la figura 42 tenemos un ejemplo simple y directo de la utilización de la prehistoria en la crítica política actual, con un dinosaurio —paradigma extremo del conservadurismo suicida— que con afectada piedad lee la obra de Monseñor Escrivá mientras deja abrazar su cuerpo por un inmenso y espinoso cilicio penitencial, asustando sin querer a unos cazadores “paleo-megalíticos”. El dibujo de Forges, realizado hace casi veinte años, no ha perdido vigencia como suele ocurrir con el humor político, si pensamos en el reciente y triunfal retorno de los miembros de la *Obra* a algunos de los puestos más influyentes de nuestro país.

4.5. ¿Excavando el humor?

Con la pregunta anterior me refiero a la posibilidad de detectar alguna huella del humor de nuestros antepasados reflejado en los restos materiales que estudia la arqueología. Aunque la respuesta es en general negativa cuando no existe información escrita que pueda servir de ayuda, pues el humor se desarrolla fundamentalmente en el nivel textual o del



Figura 42.- Dibujo de Antonio Fraguas “Forges” en *Historia de aquí*, 1980.

discurso hablado que no deja huella material, sí es posible expresar nuestra extrañeza ante algunos hallazgos, que contienen al menos un cierto componente irónico.

Así, Sillar (1992b: 243-4) recuerda la posibilidad de que, en el pasado como hoy en día, una gran parte del humor fuera dirigido contra las personas dotadas de poder, aunque sólo fuera para que no se sintieran invulnerables. En el caso del Neolítico, sospechamos que algunos artefactos especiales, como las hachas pulimentadas, pudieron tener en ocasiones un valor simbólico además de funcional, y su aparición siempre en pequeñas cantidades y en contextos a veces alejados de su lugar de origen, ha llevado a proponer que fueran símbolos de autoridad propios de los *big men* o jefes, que las intercambiarían entre sí al igual que hacían, por ejemplo, los melanesios de las islas Trobriand en el círculo *kula* (Hodder y Lane 1982). Si esto es así, el problema es saber qué significaron las dos hachas fabricadas en creta, material blando que las hacía inservibles para cualquier fin práctico, enterradas intencionalmente en el yacimiento inglés de Woodhenge; el fragmento de otra parecida encontrado en Stonehenge (*Ibid.*: 232) y dos mazas de creta, una de ellas decorada, también procedentes del Neolítico británico (Green 1988: 37). ¿Podría tratarse de una imitación paródica de las auténticas, dirigida a poner en cuestión su contenido simbólico y por ende la autoridad de sus propietarios? En mi opinión, aunque tal vez presuponga una creencia excesiva en el “poder estructurador de la

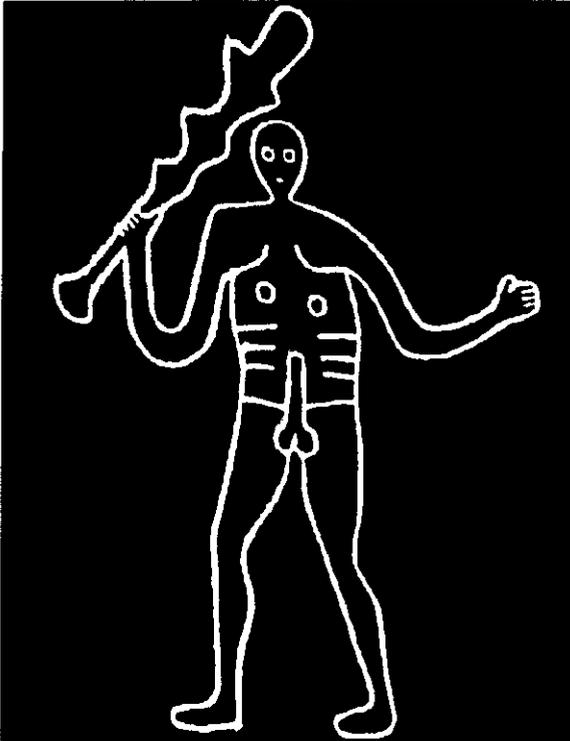


Figura 43.- El "gigante" de Cerne Abbas (Dorset, Inglaterra); figura de unos 65 m de altura excavada en el terreno, de época pre-romana o romana (de Stoczkowski 1994, fig. 17).

cultura material sobre las prácticas sociales", la hipótesis resulta tentadora.

Otro ejemplo propuesto por Sillar (1992b: 233-4) es el caso de algunas cerámicas de la cultura Moche de Perú, que presentan individuos masculinos con grandes penes erectos por cuyo extremo abierto se ha de beber el contenido de la vasija; otros ejemplares muestran escenas sexuales de cópula y felación (Bahn 1998: 179, 206). Aunque se ignora su fin, es probable que estuvieran relacionadas con algún ritual y que tuvieran un componente humorístico, pues en la mayoría de las sociedades conocidas el tema sexual está afectado por tabúes, cuya alteración suele provocar la risa en general. Por ello se consideran posibles bromas visuales las representaciones de figuras con grandes penes que son frecuentes en el arte rupestre post-paleolítico de muchas zonas, desde Australia hasta Escandinavia (Figura 43), y cuyo exponente más antiguo podría ser la pequeña estalagmita a la que se le añadió un pequeño punto rojo en la punta y una figura humana pintada alrededor, hacia finales del Paleolítico, en la cueva francesa de Le Portel (*Ibid.*: 209).

También desde el punto de vista de violación de tabúes, en este caso los escatológicos, se puede considerar graciosa a la conocida escultura que aparece en el extremo de un propulsor en asta mag-

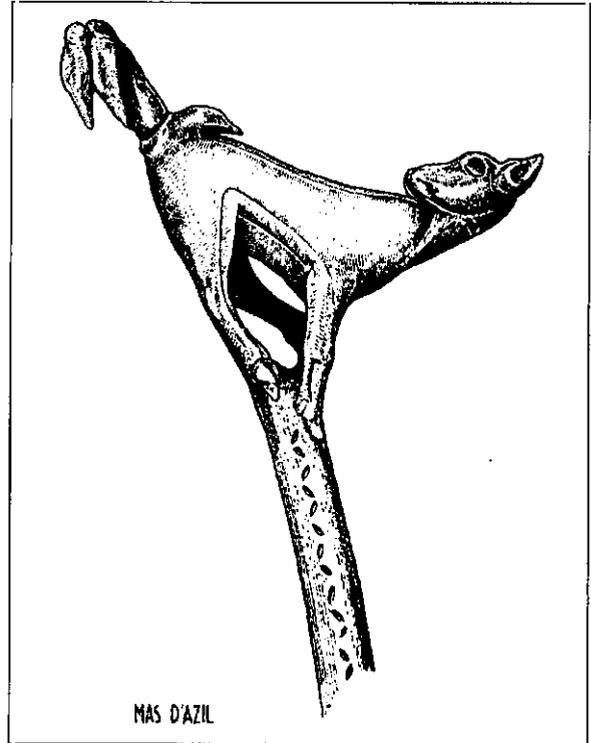


Figura 44.- Propulsor de la cabra y los pájaros, de Mas d'Azil (Dibujo de P. Laurent 1965).

daleniense hallado en Mas d'Azil (fig. 44). Aparte de la curiosa coincidencia de que represente a una pequeña cabra que mira a dos pájaros situados sobre su cola, en la misma postura que una escena de la película *Bambi* de Walt Disney (quien no la pudo copiar, pues el film se estrenó el mismo año, 1942, en que se publicaron las primeras ilustraciones del propulsor), y de que unas diez piezas más de diseño muy parecido (una prácticamente idéntica procede de Bedeilhac) hayan sido encontradas en otros yacimientos próximos de los Pirineos franceses (Bahn 1984: figs. 66 y 69; Bahn y Vertut 1988: 82-3), lo lógico es preguntarse qué significa la anormalmente larga cagarruta que sobresale verticalmente del ano de la cabra y sobre la cual se posan los dos pajarillos, si no se trata de una broma visual, tal vez en recuerdo de alguna historia o anécdota relacionada, que tuvo un extraordinario éxito en esa zona pirenaica hace unos 12.000 años (Bahn 1998: 208-9).

5. FINAL

La parcial revisión que aquí termina ha mostrado que la arqueología es, afortunadamente, un asunto mucho menos serio de lo que parece, a pesar de que su presentación pública suele ser, como dicen los ingleses, de "cara de orinal" (*po-faced*). En la

opinión de Simon James (1992), del Servicio de Educación del Museo Británico, que fue advertido por algunos conservadores del centro de su estilo *poco serio* al explicar las colecciones al público visitante, los arqueólogos solemos emplear un discurso afectado por el “Síndrome de las Lápidas de Piedra”: historias rígidas y lineales sin sombra de duda, error o fisura, que ocultan cuidadosamente todos sus elementos humanos (Cf. Hodder 1989), con el fin de otorgarse artificialmente cierta dosis de autoridad científica y aparente infalibilidad, que no necesitan más que para ser espuriamente impuestas de forma autoritaria e incontestable. El público destinatario de este discurso no es otro que la clase media y media alta, seria y bien educada, afectada de una reverente pero superficial admiración por todo lo que huele a CULTURA.

El humor, la risa y la irreverencia, por ser tal vez las armas más eficientes para transformar la realidad (Montiel 1998), son sin duda uno de los posibles caminos de reforma de la situación anterior, como parte de un largo esfuerzo común para que la ciencia deje de ser un “discurso de poder” que todavía justifica la opresión con el falso marchamo de la “verdad objetiva” y pase a ser un instrumento emancipador al servicio de toda la sociedad. En eso seguiríamos la opinión de Foucault (Tilley 1990: 292), quien por cierto lo primero que hacía al enfrentarse a un texto era reírse de él, al menos metafóricamente y muchas veces literalmente (*Ibid.*: 300). Por ello, los chistes deberían dejar de ser sólo un dudoso sistema para comprobar si los alumnos están realmente atentos en las clases o para relajar el ambiente en una conferencia, o una simple ayuda en el descabellado intento de despertar un interés sincero por las raederas musterienses o la cronología de las cerámicas grafitadas, y pasar por el contrario a formar parte de la esencia de nuestros trabajos, deliberaciones y escritos, aligerándolos y humanizándolos.

Por otro lado, aunque a lo largo de este trabajo se ha resaltado sobre todo el elemento crítico del humor, aquello que asociamos al brillo de la inteligencia humana que utiliza el ingenio para sobresalir sobre los demás, y que Thomas Hobbes colocó en el centro mismo de su definición del asunto, también existe en la risa otro elemento que lleva en dirección contraria hacia la cohesión comunitaria, pues el humor es un componente esencial de la simbología común que hace posible la comunicación. Cuenta Bergson (1943: 14), y también se dice en una canción popular, que un hombre a quien preguntaron por qué no lloraba ni reía cuando escuchaba un sermón en la iglesia, contestó: “no soy de esta parroquia”. Efectivamente, el humor es una actividad social por naturaleza, e incluso cuando reímos solos estamos imaginando el efecto que tendrá la gracia en los demás, y tal vez por eso se ha observado que en un teatro es más frecuente la risa cuanto más llena está la sala (*Ibid.*: 15).

¿Cual podría ser, pues, la significación social del humor entre nosotros, la comunidad de arqueólogos? Si fuéramos humildes, quizá nos contentaríamos con pensar que se justifica solo con que nos haga pasar un buen rato, y si filósofos, creeríamos que un baño de humor sobre todos tal vez nos haga más inteligentes, desprendidos y felices. Además de buenos, pues no hay que olvidar que en nuestro imaginario occidental los villanos nunca han tenido sentido del humor.

NOTA

¹ En la preparación de este trabajo he contado con la ayuda de varias personas, a quienes deseo expresar aquí mi mayor agradecimiento: Carmen Ortiz, Gonzalo Ruiz Zapatero, Emilio Hornero, Diane Gifford-Gonzalez, Almudena Hernando, Rachel Griener, Teresa Chapa, Eduardo García, Marisa Ruiz-Gálvez, Mariano Torres, Ángeles Querol, Irene de Luis, Margarita Díaz-Andreu, Mary Jo Heron y el Servicio de Documentación de la Biblioteca de Humanidades del CSIC.

BIBLIOGRAFÍA

- APTE, M.L. (1988): Disciplinary boundaries in humorology: an anthropologist's ruminations. *Humor*, 1(1): 5-25.
- ASSEMBLAGE (1996-): The Sheffield Graduate Journal of Archaeology (<http://www.shef.ac.uk/uni/union/susoc/assem>).
- ATTARDO, S. (1994): *Linguistic Theories of Humor*. Mouton de Gruyter, Berlín.
- BAHN, P.G. (1984): *Pyrenean Prehistory*. Aris & Phillips, Warminster.
- BAHN, P.G. (1989): *Bluff your way in Archaeology*. Ravette Books, Horsham.
- BAHN, P.G. (1991): Where's the Beef? The Myth of Hunting Magic in Palaeolithic Art. *Rock Art and Prehistory. Papers presented to symposium G of the AURA Congress, Darwin 1988* (P. Bahn y A. Rosenfeld, eds.), Oxbow Monograph 10, Oxford: 1-13.
- BAHN, P.G. (1992): Bores, Bluffers and Wankas: Some Thoughts on Archaeology and Humour. En Sillar 1992a: 315-322.
- BAHN, P.G. (1996): *Archaeology. A very short introduction*. Oxford University Press, Oxford.
- BAHN, P.G. (1998): *The Cambridge Illustrated History of Prehistoric Art*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BAHN, P.G.; VERTUT, J. (1988): *Images of the Ice Age*. Windward, Leicester.
- BAJTN, M. (1974): *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Barral, Barcelona.
- BARLEY, N. (1989): *El antropólogo inocente*. Anagrama, Barcelona.
- BARLEY, N. (1993): *Una plaga de orugas*. Anagrama, Barcelona.
- BARRETT, J.C. (1996): Post-processual theory. *The Oxford Companion to Archaeology* (B.M. Fagan, ed.), Oxford U.P., Oxford: 576-578.
- BERGSON, H. (1943 [1899]): *La risa*. Losada, Buenos Aires.
- BINFORD, L.; BINFORD, S. (1966): The Predatory Revolution. A consideration of the evidence for a new subsistence level. *American Antiquity*, 68: 508-512.
- BINCLARKE, LEWIS D.L. (1970): *New Analytical Archaeological Perspectives: A Logogenetic Inquiry into the Nature of Archaeological Theoretic Theoreticians*. Phu Wiang University Publications, n.º 1.
- BORGES, J.L. (1971): *Ficciones*. Alianza, Madrid.
- BORIEV, Y.B. (1976): El mundo no morirá si se muere de risa. *El Correo de la Unesco*, abril: 22-24.
- BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.
- BRANDES, S. (1977): Peaceful Protest: Spanish Political Humor in a Time of Crisis. *Western Folklore*, 36: 331-46.
- BRANDES, S. (1991): *Metáforas de la masculinidad. Sexo y estatus en el folklore andaluz*. Taurus, Madrid.
- BRAY, W. (1981): Archaeological Humour: the Private Joke and the Public Image. *Antiquity and Man. Essays in Honour of Glyn Daniel* (J.D. Evans, B. Cunliffe y C. Renfrew, eds.), Thames and Hudson, Londres: 221-229.
- BRIMFILL, L.R. (1963): The Snake Culture of Hatchery Site. *Anthropology Tomorrow* (U. Chicago), IX(2): 34-36.
- BUTCHER, K. (1992): The Land of Parallél. An archaeological obsession. En Sillar 1992a: 311-314.
- BUTLER, W.B. (1976): Archaeology and Prohibition. *Plains Anthropologist*, 21(71): 67-70.
- CARO BAROJA, J. (1978): *Los Baroja (Memorias familiares)*. 2ª edición, Madrid, Taurus.
- CARO BAROJA, J. (1979): *El carnaval (Análisis histórico-cultural)*. 2ª edición, Taurus, Madrid.
- CHIPPINDALE, CH. (1990): Editorial. *Antiquity*, 64 (242).
- CHRISTIE, A. (1987): *Ven y dime cómo vives*. Tusquets, Barcelona.
- CLOTTES, J.; LEWIS-WILLIAMS, J.D. (1996): *Les chamanes de la Préhistoire. Transe et magie dans les grottes ornées*. Seuil, París.
- DALY, N.; LYONS, B. (1991): 'The Civilization of Lhuros': The First Multimedia Exhibition in the Genre of Archaeological Fiction. *Leonardo*, 24(3): 265-271.
- DANIEL, G. (1971): Editorial. *Antiquity*, XLV (178).
- DARNTON, R. (1987): *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Fondo de Cultura Económica, México.
- DAVID, E. (1989): Laughter in spartan society. *Classical Sparta: Techniques behind her succes* (A. Powell, ed.), University of Oklahoma, Norman: 1-25.
- DAVIES, C. (1990): *Ethnic Humor Around the World: a Comparative Analysis*. Indiana University Press, Bloomington.
- DAVIES, C. (1992): From the Milesians to the Milesians: the Irish-Pontian Joke and its History. En Sillar 1992a: 323-338.
- DERRIDA, J. (1989): Jacques Derrida. Entrevista con Christian Descamps (1982). *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, 93: 26-29.
- EIBL-EIBISFELDT, I. (1993): *Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*. Alianza, Madrid.
- FARIS, J. (1983): From form to content in the structural study of aesthetic systems. *Structure and Cognition in Art* (D. Washburn, ed.), Cambridge University Press, Cambridge.
- FLANNERY, K. (1982): The Golden Marshalltown: A Parable for the Archaeology of the 1980s. *American Anthropologist*, 84: 265-278.
- FREUD, S. (1988 [1905]): *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Obras completas, tomo 3, Biblioteca Nueva, Madrid: 1029-1167.
- FREUD, S. (1988 [1928]): *El humor*. Obras completas, tomo 8, Biblioteca Nueva, Madrid: 2997-3000.
- GARDIN, J.-C.; GUILLAUME, O.; HERMAN, P.-Q.; HESNARD, A.; LAGRANGE, M.-S.; RENAUD, M.; ZADORA-RIO, E. (1987): *Systèmes experts et sciences humaines. Le cas de l'archéologie*. Eyrolles, París.

- GEERTZ, C. (1989): *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona.
- GIFFORD-GONZALEZ, D. (1992): Culture Clash in the Greater Southwest: Edge City with Some Atypical Sonoran Rim Sherds (By F. Dudley Prewpaw, with a Foreword by D. Gifford-Gonzalez). En Sillar 1992a: 213-224.
- GIFFORD-GONZALEZ, D. (s.a.): *Harzmountain-Liederkrantz: Eine Neue Fundstelle der Grouchomarxkomplex (A Translation and Synthesis)*. Manuscrito inédito.
- GINSBERG, A. (1993): *Aullido y otros poemas*. Visor, Madrid.
- GOODRICH, A.; HENRY, J.; GOODRICH, D.W. (1954): Laughter in Psychiatric Staff Conferences: A Sociopsychiatric Analysis. *American Journal of Orthopsychiatry*, 24: 175-184.
- GOULD, R.; SCHIFFER, M.B. (eds.) (1981): *Modern material culture studies: the archaeology of us*. Academic Press, Nueva York.
- GREEN, B. (1988): The petrological identification of stone implements from East Anglia: second report. *Stone Axe Studies* (T.H.M. Clough y W.A. Cummins, eds.), Council for British Archaeology, Londres: 36-40.
- GREENBERG, J.H. (1953): *A new interpretation of the so-called "violence texts" based on new discoveries from Tell-El-New York*. Manuscrito inédito. Arizona State Museum, Tucson.
- GREIMAS, A.J. (1971): *Semántica estructural. Investigaciones metodológicas*. Gredos, Madrid.
- GROTHJAHN, M. (1957): *Beyond Laughter*. McGraw-Hill, Nueva York.
- GUNN, J. (1975): An envirotechnological system for Hogup Cave. *American Antiquity*, 40(1): 3-21.
- HANDLER, R. (ed.) (1995): *Schneider on Schneider. The Conversion of the Jews and Other Anthropological Stories. (D.M. Schneider as told to Richard Handler.)*. Duke U.P., Durham y Londres.
- HANKEY, H. (1985): *Archaeology: artifacts and artificeion*. Studies in Mediterranean Archaeology, Pocket-book 37, Paul Aströms förlag, Göteborg.
- HARRIS, M. (1981): *Introducción a la antropología general*. Alianza, Madrid.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- HODDER, I. (1989): Writing archaeology: site reports in context. *Antiquity*, 63: 268-274.
- HODDER, I. (1997): 'Always momentary, fluid and flexible' towards a reflexive excavation methodology. *Antiquity*, 71: 691-700.
- HUTCHISON, L. (1995): *Irony's edge. The theory and politics of irony*. Routledge, Londres y Nueva York.
- JAMES, S. (1992): 'But seriously though, folks!' Humour, Archaeology and Communication: the view from the trenches. En Sillar 1992a: 299-309.
- KOESTLER, A. (1964): *The act of creation*. Hutchinson, Londres.
- KOESTLER, A. (1973): Humour and wit. *Encyclopedia Britannica*. Chicago, 15ª edición, 1978, vol. 9: 5-11.
- LAURENT, P. (1965): *Heureuse Préhistoire*. Pierre Fanlac, Perigueux.
- LAURIAN, A.M. (1992): Possible-impossible translation of jokes. *Humor*, 5(1-2): 111-128.
- LÁZARO CARRETER, F. (1973): *Diccionario de términos filológicos*. Gredos, Madrid.
- LESSARD, D. (1991): Calembours et dessins d'humour. *Semiotica*, 85(1/2): 73-89.
- LEVINE, J. (1968): Humour. *International Encyclopedia of the Social Sciences* (D.I. Sills, ed.). MacMillan.
- LEWIS, R. (1994): *Crónica del Pleistoceno, o lo que no dijo Engels en El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Anaya y Mario Muchnik.
- LEWIS-WILLIAMS, J.D. (1994): Rock art and ritual: Southern Africa and beyond. *Arte Paleolítico* (T. Chapa y M. Menéndez, eds.), Complutum, 5, Madrid: 277-289.
- LYONS, B. (1985): The Excavation of the Apasht: Artifacts from an Imaginary Past. *Leonardo*, 18(2): 81-89.
- LYONS, B. (1994): Art of the Trickster. *Archaeology*, march-april: 72.
- MACAULAY, D. (1980): Enigma en el siglo XLI. *Selecciones del Reader's Digest*, mayo: 48-55.
- MALINOWSKI, B. (1989): *Diario de campo en Melanesia*. Júcar, Gijón.
- MALLART, L. (1996): *Soy hijo de los evuzok. La vida de un antropólogo en el Camerún*. Ariel, Barcelona.
- MIKES, G. (1976): Haced el humor, no la guerra. *El Correo de la Unesco*, abril 1976: 5-8.
- MITHEN, S.J. (1988): Looking and learning: Upper Palaeolithic art and information gathering. *World Archaeology*, 19: 297-327.
- MONTIEL, A. (1998): Humor negro, risa blanca. *El Viejo Topo*, 116: 48-50.
- ORTON, C. (1988): *Matemáticas para arqueólogos*. Alianza, Madrid.
- OWENS, R. (1963): A Cartoon History of Anthropology. *Anthropology Tomorrow* (U. of Chicago), IX(2): 1-23.
- PLUMYENE, J.; LASIERRA, R. (1973): *Catálogo de necesidades que los europeos se aplican mutuamente*. Barral, Barcelona.
- RAIDCLIFFE-BROWN, A.R. (1972 [1952]): *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Península, Barcelona.
- RASKIN, V. (1985): *Semantic Mechanisms of Humor*. D. Reidel, Dordrecht.
- RAHTZ, P. (1985): *Invitation to Archaeology*. Basil Blackwell, Nueva York.
- RAHTZ, P.; BURROW, I. (1992): Archaeology is too important a subject not to be joked about. En Sillar 1992a: 373-387.
- RATHIE, W.I. (1974): The Garbage Project: A new way of looking at the problems of archaeology. *Archaeology*, 27: 236-241.
- REIFLER BRICKER, V. (1986): *Humor ritual en la altiplanicie de Chiapas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- RENFREW, C. (1987): An Interview with Lewis Binford. *Current Anthropology*, 28(5): 683-694.
- ROE, D.; WATSON, P.J. (1986): A Modern Archaeologist. *Nouvelles de l'Archéologie*, 22: 21.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1991): Reseña de "Bluff your way in archaeology" de Paul G. Bahn. *Revista de Arqueología*, 121: 65-6.

- SCHEURMANN, E. (1977): *Los Papalagi. Discursos de Tuia-vii de Tiavea, jefe samoano* (ilust. de J. Swarte). Pastagana, Barcelona.
- SILLAR, B. (ed.) (1992a): *Digging for a laugh*. Archaeological Review from Cambridge, 11: 2.
- SILLAR, B. (1992b): Different Jokes for Different Folks: humour, society and material culture. En Sillar 1992a: 225-251.
- STOCZKOWSKI, W. (1994): *Anthropologie naïve, Anthropologie savante. De l'origine de l'homme, de l'imagination et des idées reçues*. CNRS, París.
- SYKES, A.J.M. (1966): Joking relationships in an industrial setting. *American Anthropologist*, 68: 188-193.
- THOMAS, C. (1976): The Archaeologist in Fiction. *To illustrate the Monuments: Essays on Archaeology Presented to Stuart Piggott*. Londres: 309-319.
- THOMAS, D.H. (1978): The awful truth about statistics in archaeology. *American Antiquity*, 43(2): 231-244.
- THOMAS, E.M. (1989 [1959]): *The Harmless People*. Alfred A. Knopf, Nueva York.
- TILLEY, C. (1990): Michel Foucault: Towards an archaeology of archaeology. *Reading Material Culture. Structuralism, Hermeneutics and Post-Structuralism* (C. Tilley, ed.), Basil Blackwell, Oxford: 281-347.
- TODOROV, T. (1981): *Teorías del símbolo*. Monte Ávila, Caracas.
- TRIGGER, B.G. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- UNDERWOOD, B. (1990): Kiss of the Chameleon. *Archaeology*, 43: 88.
- VATTIMO, G. (1996): *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna* (5ª preimpr.). Gedisa, Barcelona.
- VV.AA. (1990): *First International Congress. Avelino Abelleira and his time. Ponencias*. Santiago de Compostela.
- WENDORF, F.; SCHILD, R. (1980): *The Prehistory of the Eastern Sahara*. Academic Press, Nueva York.
- WIESSNER, P. (1983): Style and social information in Kalahari San projectile points. *American Antiquity*, 48(2): 253-276.
- WILD, C. (1962): Creativity and Adaptive Regression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2: 161-169.